

VITRINA DE LA VIDA

POR EL ESPÍRITU: HERMANO X

PSICOGRAFIADO POR EL MÉDIUM

FRANCISCO CÁNDIDO XAVIER

HOMENAJE DE AMOR

Señor Jesús !

En tu honor, apóstoles de tu causa te veneran, en todas partes. Y vemos, por todas partes, a los que te ofrecen:

la riqueza del ejemplo;
la oficina del hogar;
el brillo de la cultura;
el oro de la palabra;
la luz de la fe viva;
las fuentes de la comprensión;
los sueños del arte;
los laureles de la poesía;
las obras maestras de la bondad;
los tesoros del afecto.

Perdona, Maestro, si nada más poseemos, a fin de honrarte, sino estas páginas sencillas que colocamos, en tu nombre, en la vitrina de la vida, páginas que, además, fundamentalmente, no son nuestras. Constituyen migajas de tu gloria, humildes reflejos de tus propias enseñanzas que recogemos en la calle, en que intentamos, de algún modo, admirarte y seguirte.

Y si así procedemos, Señor, trayéndote en restitución aquello que te pertenece, es que todos nosotros – los espíritus aún vinculados a la Tierra – necesitamos de ti.

HERMANO X

Uberaba, 31 de Marzo de 1969.

ENCUENTRO EN HOLLYWOOD

Caminábamos, algunos amigos, admirando el paisaje de Wilshire Boulevard, en Hollywood, cuando hicimos parada ante la serenidad del **Memoriam Park Cemetery**, entre nuestro camino y los jardines de Glendon Avenue.

La hermosa mansión de los muertos mostraba una gran movilización de Espíritus liberados de la experiencia física, y entramos.

Todo, en el interior, era tranquilidad y alegría.

Los túmulos simples parecían monumentos erguidos a la paz, induciendo a la oración. Entre los árboles que la primavera pintara de verde nuevo, numerosas entidades iban y venían, muchas de ellas apoyadas una en las otras a manera de convalecientes, sostenidas por enfermeros en el patio del hospital agradable y extenso.

En una esquina que se elevaba con el terreno, dos naranjos ornamentales cuidaban el acceso hacia el interior de la pequeña construcción que hospeda las cenizas de muchas personalidades que aportaron al Más Allá, con el aprecio del mundo. A un costado, leí la inscripción: “Marilyn Monroe” – 1926-1962.” Sorprendido, pregunté a Clinton, uno de los amigos que nos acompañaban:

- ¿Están aquí los restos de Marilyn, la estrella del cine, cuya historia llegó hasta el conocimiento de nosotros mismos, los desencarnados de largo tiempo en el Mundo Espiritual?

- Sí – respondió él, y acentuó con expresión significativa: - no se detenga, sin embargo a examinarle la leyenda mortuoria... Ella está viva y usted puede encontrarla, aquí y ahora...

- ¿Cómo?

El amigo indicó un frondoso olmo chino, cuyas ramas componen un refugio esmeraldino en el largo recinto, y habló:

- Es aquí que ella descansa, de seguro en visita de confortación y de reminiscencia...

A pocos pasos de nosotros, una joven desencarnada, pero aún evidentemente enferma, reposaba la cabellera rubia en el cuello de la simpática señora que la tutelaba. Marilyn Monroe, pues era ella, exhibía el rostro desfigurado y los ojos tristes. Informados de que nos sería lícito abordarla, para algunos momentos de conversación, nos aproximamos, respetuosos.

Clinton hizo la presentación y añadió:

- Soy un amigo de Brasil que desea oírla.

- ¿Un brasileño buscándome, después de la muerte?

Sí, ¿y por qué no? – agregué – su experiencia personal interesa a millones de personas en el mundo entero...

Y el diálogo prosiguió:

- Una experiencia fracasada...

- Una lección tal vez.

- ¿En qué le podría ser útil?

- Su vida influyó en muchas vidas y estimaríamos recibir aunque fuese un pequeño recado de su parte para aquellos que la admiraron en las películas y que recuerdan en el mundo su presencia distinta...

- ¿A quién agradaría acoger un grito de dolor?

- El dolor instruye...

- Fui mujer como tantas otras y no tuve tiempo ni disposición para reflexionar de filosofía.

- Pero hable aún así...

- Bien, diga entonces a las mujeres que no se ilusionen con respecto a la belleza y a la fortuna, la emancipación es un éxito... Eso da popularidad y la popularidad es un trapecio en el cual raras criaturas consiguen dar espectáculos de grandeza moral, incesantemente, en el circo de lo cotidiano.

-¿Admite, de ese modo, que la mujer debe permanecer en el hogar, de manera exclusiva?

- No tanto. El hogar es una institución que pertenece a la responsabilidad tanto de la mujer como del hombre. Quiero decir que la mujer luchó durante siglos para obtener la libertad... Ahora que la posee en las naciones progresistas, es necesario aprender a controlarla. La libertad es un bien que reclama sentido de administración, como acontece con el poder, con el dinero, con la inteligencia...

Pensé algunos momentos en la fama de aquella joven que se presentara en la Tierra entera, de allí mismo, en Hollywood, y añadí:

-Miss Monroe, ¿cuando se refiere a la libertad de la mujer, usted quiere mencionar la libertad de sexo?

- Especialmente.

- ¿Por qué?

- Concurriendo sin ningún obstáculo al trabajo del hombre, la mujer, de manera general, se juzga con derecho a cualquier tipo de experiencia y, con eso, la mayoría de las veces, compromete las bases de la vida. Ahora que regresé a la Espiritualidad, comprendo que la reencarnación es una escuela con mucha dificultad de funcionar para el bien, toda vez que la mujer huye a la oportunidad de amar, en los hijos, la edificación moral a la que es llamada.

- ¿Desea decir que el sexo...

- Puede ser comparado a la puerta de la vida terrestre, canal de renacimiento y de renovación, capaz de ser guiado hacia la luz o hacia las tinieblas, conforme al rumbo que se le dé.

- ¿Le sería posible aclarar un poco más este asunto?

- No tengo expresiones para hablar sobre eso con la claridad necesaria: entre tanto, me propongo afirmar que el sexo es una especie de camino sublime para la manifestación del amor creativo, en el campo de las formas físicas y en la esfera de las obras espirituales, y, si no fuera respetado por una sensata administración de los valores de que se constituye, viene a ser naturalmente desordenado por las inteligencias animalizadas que aún se encuentran en los niveles más bajos de la evolución.

- Miss Monroe – consideré, encantado, oyendo sus conceptos -, debo asegurarle, no sin profunda estima hacia su persona, que el suicidio no le alteró la lucidez.

- La tesis del suicidio no es verdadera como fue comentada – acentuó ella sonriendo. – los vivos hablan acerca de los muertos lo que les viene a la cabeza, sin que los muertos le puedan dar la respuesta debida, ignorando que ellos mismos, los vivos, se encontrarán, más tarde, delante de ese mismo problema... La desencarnación me alcanzó a través de un tremendo proceso obsesivo. En verdad, en esa época, me hallaba bajo una profunda depresión. Desde pequeña, sufrí altas y bajas, en materia de sentimiento, por no saber gobernar mi libertad... Después de noches horribles, en las cuales me sentía enloquecer, por falta de orientación y de fe, ingerí, casi inconscientemente, los elementos mortíferos que me expulsaron del cuerpo, en la suposición que tomaba una simple dosis de píldoras mensajeras del sueño...

- ¿Consiguió dormir en la gran transición?

- De ningún modo. Cuando mi administradora golpeó la puerta del cuarto, inquieta al ver la luz encendida, desperté de súbito de la somnolencia a la que me entregara, sintiéndome dos personas a un solo tiempo... Grité aterrorizada, sin saber, de pronto, identificarme, porque lograba moverme y hablar, al lado de aquella **otra forma**, la vestimenta carnal que yo despidiera... Infelizmente para mí, el aposento abrigaba algunos malhechores desencarnados que, más tarde, vine a saber, me dilapidaban las energías. Acompañé con indescriptible angustia, lo que siguió con mi cuerpo inerte; entre tanto, eso hace parte de un capítulo de mi sufrimiento que le pido permiso para no recordar...

- ¿Le será posible explicarnos por qué habrá experimentado esa agudeza de percepción, justamente en el instante en que la muerte, de manera común, trae anestesia y reposo?

-Efectivamente, no tuve la intención de huir de la existencia, pero, en el fondo, estaba inmersa en un suicidio indirecto. Malbarateaba mis fuerzas en nombre del arte, me entregaba a excesos que arrasaron mis oportunidades de elevación espiritual... Últimamente, fui informada por amigos de aquí que no me fue posible descansar, después de la desencarnación, mientras no me desprendí de la influencia perniciosa de Espíritus vampirizadores a cuyos propósitos yo me adheriera, por falta de discernimiento en cuanto a las leyes que rigen el equilibrio del alma.

- Comprendo que dispone ahora de valiosos conocimientos, en torno de la obsesión...

Sí, creo hoy que la obsesión entre las criaturas humanas, es un flagelo mucho peor que el cáncer. Pidamos a Dios que la ciencia en el mundo se decida a estudiar sus problemas y resolverlos...

La entrevistada mostraba señales de fatiga y, por los ojos de la enfermera que le sostenía la cabeza en el regazo amigo, percibí que no me cabía continuar.

- Miss Monroe – concluí – fue para mí un placer este encuentro en Hollywood. ¿Podemos, acaso, saber cuáles son, en la actualidad, sus planes para el futuro?

Ella emitió una nueva sonrisa, en que se mezclaban la tristeza y la esperanza, mantuvo silencio por algunos instantes y afirmó:

- En la condición de enferma, primero, quiero mejorarme... Enseguida, como alumna en la escuela de la vida, necesito repetir las lecciones y pruebas en que fallé... Por ahora no debo ni puedo tener otro objetivo que no sea reencarnar, luchar, sufrir y reaprender...

Pronuncié algunas frases cortas de agradecimiento y despedida y ella agitó la mano pequeñita en un gesto de adiós. Poco después, preparé estas notas, a manera de reportaje, a fin de pensar en las bendiciones del Espiritismo Evangélico y en la necesidad de su divulgación.

DECLINACIÓN

Aquí va, mi amigo, la entrevista rápida que usted solicitó al viejo periodista desencarnado con una suicida común. Sabe usted, como yo, que no existen casos absolutamente iguales. Cada uno de nosotros es un mundo por sí. Para nuestro esclarecimiento, sin embargo, debo decirle que se trata de una joven señora que, hace precisamente catorce años, despidió el cuerpo físico, por deliberación propia, ingiriendo formicida.

Algunos apuntes más, ya que no podemos transformar el doloroso asunto en una novela de gran porte: ella se envenenó en Río, a los treinta y dos años de edad, dejando esposo y un hijito en casa; no era persona de cultura excepcional, desde el punto de vista del cerebro, pero se caracterizaba, en la Tierra, por nobles cualidades morales, moza tímida, honesta, laboriosa, de instrucción regular y extremadamente devota por los deberes de esposa y madre.

Pasemos, entre tanto, sus once cuestiones y veamos las respuestas que ella nos dio y que transcribo, en su integridad:

¿La hermana poseía alguna fe religiosa, que le diese convicción en la vida después de la muerte?

Seguía la fe religiosa, como acontece a mucha gente que acompaña a los otros en la manera de creer, en la misma situación con que se atiende a los caprichos de la moda. Para ser sincera, no admitía que fuera a encontrar la vida aquí, como la veo, tan llena de problemas o, tal vez, más llena de problemas que mi existencia en el mundo.

Cuando sobrevino la muerte del cuerpo, ¿quedó inconsciente o consciente?

No conseguía siquiera mover un dedo, pero, por motivos que aún no sé explicar, permanecí completamente lúcida y por mucho tiempo.

¿Cuáles fueron sus primeras impresiones al comprobarse desencarnada?

Al lado de terribles sufrimientos, un remordimiento indefinible tomó cuenta de mí. Oía los lamentos de mi esposo y de mi hijo pequeñito, en vano gritando también, suplicando socorro. Cuando la carroza me arrebató el cuerpo inmóvil, intenté quedar en casa pero no pude. Tenía la impresión de que yo yacía amarrada a mi propio cadáver por los nudos de una cuerda gruesa. Sentía en mí, en un fenómeno de repercusión que no sé definir, todos los golpes del cuerpo en el vehículo en carrera; lanzada con él a un compartimiento del mortuorio, lloraba hasta enloquecer. Después de pocas horas noté que alguien me cargaba para la mesa de exámenes. Me vi súbitamente desnuda y temblé de

pudor. Pero la vergüenza se fundió en el terror que pasé a experimentar al ver que dos hombres jóvenes me abrían el vientre sin ninguna ceremonia, a pesar del respetuoso silencio con que se entregaban a la pavorosa tarea. No sé qué me dolía más, si la dignidad femenina recortada anta mis ojos, o si el dolor indescriptible que me recorría la forma, en mi nuevo estado de ser, cuando los golpes del instrumento cortante me rasgaban la carne. Pero el martirio no quedó en ese punto, porque yo, que horas antes me encontraba en la comodidad de mi lecho doméstico, tuve que aguantar duchas de agua fría en las vísceras expuestas, como si yo fuera un animal de los que viera morir, cuando pequeña, en el pueblo de mi padre... Entonces, clamé aún más por socorro, pero nadie me escuchaba, ni veía...

¿Recurrió a la oración en el sufrimiento?

Sí, pero oraba, a la manera de los locos desesperados, sin ninguna noción de Dios... Me hallaba en franco delirio de angustia, atormentada por dolores físicos y morales... Además de eso, para salvar el cuerpo que yo misma destruyera, la oración era un recurso al que echaba mano, muy tarde.

¿Encontró parientes o amigos desencarnados, en sus primeras horas en el plano espiritual?

Hoy sé que muchos de ellos procuraban auxiliarme, pero inútilmente, porque mi condición de suicida me ponía en plenitud de fuerzas físicas. Las energías del cuerpo abandonado como que me eran devueltas por él y me hallaba tan materializada en mi forma espiritual como en la forma terrestre. Me sentía completamente solitaria, desamparada...

¿Asistió a su propio entierro?

Con el terror que mi amigo es capaz de imaginar.

¿No habían Espíritus bienhechores en el cementerio?

Sí, pero no podía verlos. Estaba mentalmente ciega de dolor. Me sentí bajo la tierra, siempre ligada al cuerpo, como alguien debatiéndose en un cuarto estrecho, lodoso y oscuro...

¿Qué aconteció enseguida?

Hasta ahora, no consigo saber cuánto tiempo estuve en la celda del sepulcro, siguiendo, hora a hora, la descomposición de mis restos... Hubo, sin embargo, un instante en que la cuerda magnética cedió y me vi liberada. Me puse de pie sobre la cueva. Me reconocía débil, hambrienta, sedienta, dilacerada... No había tomado posesión de mis propios raciocinios, cuando me vi cercada de una turba de hombres que, más tarde, vine a saber eran crueles obsesores. Me dieron voz de prisión. Uno de ellos me notificó que el suicidio era

falta grave, que yo sería juzgada en corte de justicia y que no me restaba otra salida, sino acompañarlos al Tribunal. Obedecí y, poco después, fui encarcelada por ellos en tenebrosa urna, donde pude oír el llanto de muchas otras víctimas. Esos malhechores me guardaron en cautiverio y abusaron de mi condición de mujer, sin ninguna noción de respeto o misericordia... Solamente después de mucho tiempo de oración y arrepentimiento obtuve el auxilio de Espíritus misioneros, que me retiraron de la cárcel, después de enormes dificultades, a fin de internarme en un campo de tratamiento.

¿Por qué razón decidió matarse?

Celos de mi esposo, que había pasado a simpatizar con otra mujer.

¿Juzga que su actitud le trajo algún beneficio?

Solamente complicaciones. Después de seis años de ausencia, herida por terribles nostalgias, obtuve permiso para visitar la residencia que yo juzgaba como siendo mi casa en Río. ¡Tremenda sorpresa!... En nada me adelantó el suplicio. Mi esposo, joven aún, necesitaba de compañía y escogiera para segunda esposa a una rival que yo abominaba... Él y mi hijo estaban bajo el cuidado de la mujer que me provocaba odio y rebeldía... Sufrí mucho en mi orgullo abatido. Me desesperé. Auxiliada pacientemente, con todo, por instructores cariñosos, adquirí nuevos principios de comprensión y conducta... Estoy ahora aprendiendo a convertir la aversión en amor. Comencé a proceder así por devoción a mi hijo, a quien ansiaba extender las manos, y sólo poseía, en el hogar, las manos de ella, habilitadas para prestarme semejante favor... Poco a poco, noté sus cualidades nobles de carácter y de corazón y hoy la amo, de veras, como hermana, de mi alma... Como puede observar, el suicidio me intensificó la lucha íntima y me impuso, de inmediato, duras obligaciones.

¿Qué aguarda para el futuro?

Tengo hambre de olvido y de paz. Trabajo de buena voluntad en mi propio mejoramiento y cualquiera que sea la prueba que me espere, en las correcciones que merezco, ruego a la Compasión Divina me permita nacer en la Tierra, otra vez, cuando entonces espero retomar el punto de evolución en que me estacioné, para reparar las terribles consecuencias del error que cometí.

.....

Aquí, mi querido, termina el curioso testimonio en que figuré en la posición de su secretario.

Sinceramente, no sé por qué usted desea semejante entrevista con tanto empeño. Si es para curar una enferma ansiedad en una persona querida, inclinada a matarse, es posible que usted alcance el objetivo deseado. ¿Quién sabe? El amor tiene fuerza para convencer e instruir. Pero si usted supone que

este mensaje puede servir de instrumento para alguna transformación en la sociedad terrena, sobre los fundamentos de la verdad espiritual, no estoy muy seguro en cuanto al éxito del intento. Digo eso, porque, si estuviese ahí, en mi cuerpo de carne, entre el pollo asado y el café caliente, y si alguien me trajese a leer la presente documentación, sin duda yo juzgaría que se trataría de una historia de brujería.

DIÁLOGO Y ESTUDIO

Teodomiro Ferreira y Cassio Teles salían del templo espírita del que se habían hecho asiduos frequentadores y el diálogo entre ambos fluía, curioso. Teles, apegado a los conceptos de la ciencia pura; Ferreira, atento a los ideales religiosos.

- Entonces, mi viejo – consideraba el primero -, ¿no será tiempo de tirar las insignificancias de la fe? No entiendo la actitud de los Espíritus amigos, repitiendo exhortaciones de orden moral!...

Y, sarcástico:

- Hablan de Moisés, comentan a Isaías, recuerdan a Amós, entran por el Nuevo Testamento y la historia no acaba más...

Ferreira recordaba, conciliador:

- Es forzoso, sin embargo, que usted pondere en cuanto a las exigencias del alma. ¿Qué será de la Tierra si el corazón no se eleva al nivel del cerebro?

- No pienso así. Creo que la ciencia, por sí sola, aclarará los caminos de la Humanidad.

Sí, respetemos a la ciencia. Desconsiderarla sería locura, pero es justo convenir que no se le puede pedir intervenciones en el sentimiento...

- ¡Antigüedades!... Defínanse las cosas y el sentimiento será corregido. Y ya que usted encuentra en el sentimiento la fuente de todo...

- Razonar con definiciones claras en la vida es nuestro deber; entre tanto, la ciencia en la Tierra explica los fenómenos, sin abordar los orígenes...

- No estoy de acuerdo. Debemos a la ciencia todo lo grandioso y exacto que el mundo nos ofrece.

- Hasta cierto punto, estoy de acuerdo, pero los dominios científicos tienen los límites que les son propios. Imposible destacar la importancia de las enseñanzas religiosas en la sustentación de la paz del espíritu.

- ¿Quién nos dio el automóvil y el avión?

- Claro que fue la ciencia, pero eso no impide que el motor sea empleado para la conducción de tanques y bombarderos utilizados para destruir...

- ¿La física nuclear? ¿Quién nos propició esa maravilla, destinada a patrocinar los más altos beneficios para las civilizaciones del futuro?

- Sé que eso es prodigio de la inteligencia; con todo, no nos será lícito olvidar a las víctimas de las ciudades que pasaron por el suplicio de la bomba atómica...

- Bien, usted piensa así, de otro modo pienso yo... No apruebo la predicación constante que anda por ahí...

La conversación seguía en ese tono, cuando los dos se instalaron, como de costumbre, en un bar amigo para el cafecito habitual.

El mozo iba y venía, cuando, frente a ellos, el televisor exhibió la figura de un conocido reportero, que pasó el siguiente noticiero, leyendo una expresiva nota de prensa:

“El mundo actual sufre el riesgo de ser destruido por su propia grandeza en el campo de la inteligencia. El peligro más insidioso, tal vez, es que numerosas conquistas científicas, realizadas con intenciones de paz, pasan a ser empleadas, de un momento a otro, en los objetivos de la guerra. Los descubrimientos en la biología molecular son utilizables en el desarrollo de agentes letales y aquellos que se relacionan con las drogas abren horizontes para la ofensiva psico-química. Se sabe que las armas biológicas, en forma de “sprays”, son de fácil confección, con posibilidad de esparcir la peste sobre hombres y animales. La llamada “fiebre del ganado (COELHO)”, conducida por una tonelada de “sprays”, a través de nubes, dirigidas por el viento, puede anular la resistencia de millones de personas. Un hombre solamente, cargando una pequeña maleta de “virus”, es capaz de contaminar las reservas de agua dirigidas a la manutención de una gran ciudad, perturbándole la vida. Está demostrado que, aún, con recursos microbianos, es posible, en poco tiempo, enloquecer poblaciones compactas. Una tonelada de ácido lisérgico distribuida entre los habitantes de cualquier gran metrópoli, a través de canales alimentarios, podrá volverlos esquizofrénicos, durante el tiempo que eso interese al enemigo. Químicos ilustres ya aseveraron que el mundo de hoy dispone de venenos tan poderosos que bastarán algunos kilos de ellos para establecer la perturbación mental de naciones enteras. Se habla ahora que no es imposible operar roturas en la capa de ozono que circunda la Tierra, de manera que pueden quemar lentamente a las criaturas domiciliadas en las regiones que quedaran desprotegidas contra los rayos solares infrarrojos. Además de eso, se comenta la posibilidad de la creación de bombas nucleares semovientes, aptas para caminar con los implementos propios y que serán detenidas tan sólo por la explosión de un artefacto atómico. Esos ingenios siniestros transportarían su propia carga y, si fueran colocadas en el rumbo de determinadas zonas enemigas, reclamarían la utilización de un cohete interceptor, significando autodestrucción para cualquier grupo alineado en defensiva...”

El comentario dio lugar a un programa diferente y Ferreira habló al compañero impresionado:

- ¿Vio y oyó con exactitud? La ciencia es luz en el cerebro, pero por sí misma, no resuelve los problemas de la Humanidad. ¿Qué dice usted de tan inquietantes perspectivas?

- Es...es...balbuceó Teles, evidentemente decepcionado.

Toda la respuesta de él, sin embargo, no pasó de eso.

ESTUDIO EN LA PALABRA

Comentábamos la necesidad de la divulgación de la Doctrina Espírita, cuando el rabí Zoar ben Ozias, distinguido orientador israelita, hoy consagrado a las verdades del Evangelio en el Mundo Espiritual, pidió licencia a fin de parafrasear la parábola de los talentos, narrada por Jesús, y habló, simple:

- Mis amigos, el Señor de la Tierra, partiendo, con carácter temporal, hacia fuera del mundo, llamó a tres de sus siervos y, considerando la capacidad de cada uno, les confió algunos de sus propios bienes, a título de préstamo, participándoles que los reencontraría, más tarde, en la Vida Superior...

Al primero transmitió el Dinero, el Poder, la Comodidad, la Habilidad y el Prestigio; al segundo concedió la Inteligencia y la Autoridad, y al tercero entregó el Conocimiento Espírita.

Después de largo tiempo, los tres servidores, asustados y vacilantes, comparecieron delante del Señor para las cuentas necesarias.

El primero avanzó y dijo:

- Señor, cometí muchos disparates y no conseguí realizar tu voluntad, que determina el bien para todos tus súbditos, mas, con los cinco talentos que me pusiste en las manos, comencé a cultivar, por lo menos con resultados pequeñitos, otros cinco, que son el Trabajo, el Progreso, la Amistad, la Esperanza y la Gratitud, en algunos de los compañeros que quedaron en el mundo...; Perdóneme, Divino Amigo, si no pude hacer más!...

El Señor respondió tranquilo:

- Está bien, siervo fiel, pues no erraste con intención... Vuelve al campo terrestre y reinicia la obra interrumpida, renaciendo bajo el amparo de los afectos que acumulaste.

Vino el segundo y alegó:

- Señor, dignate disculparme la incapacidad... No te pude comprender claramente los designios que determinan la felicidad igual para todas las criaturas y perpetré lamentables engaños... Aún así, movilicé los dos valores que me diste y, con ellos, atraje otros dos que son la Cultura y la Experiencia para muchos de los hermanos que permanecen en la retaguardia...

El Excelso Bienhechor replicó, satisfecho:

- Bien está, siervo fiel, pues no erraste con intención... Vuelve al campo terrestre y reinicia la obra interrumpida, renaciendo bajo el amparo de los afectos que reuniste.

El tercero se adelantó y explicó:

- Señor, te devuelvo el Conocimiento Espírita, intacto y puro, cual lo recibí de tu munificencia... El Conocimiento Espírita es Luz, Señor, y, con él, aprendí que tu Ley es demasiado dura, atribuyendo a cada uno según sus propias

obras. ¿De qué modo utilizar una lámpara así, brillante y viva, si los hombres en la Tierra están divididos por pesadillas de envidia y celos, crueldad e ilusión? ¿Cómo emplear la claridad de tu verdad sin herir o incomodar? ¿Y cómo incomodar o herir, sin traer deplorables consecuencias para mí mismo? Sabes que la Verdad, entre los hombres, crea problemas donde aparece... En vista de eso, tuve miedo de tu Ley y juzgué como la medida más razonable para mí el acomodarme con el sosiego de mi casa...Pensando así, oculté el don que me recomendaste aplicar y te restituyo semejante riqueza, sin el mínimo toque de mi parte!...

El Sublime Acreedor, sin embargo, entre austero y triste, ordenó que el tesoro del Conocimiento Espírita le fuera arrancado y entregado, de inmediato, a los dos colaboradores diligentes, que se encaminarían hacia la Tierra, de nuevo, declarando, incisivo:

- Siervo infiel, no existe para tu negligencia otra alternativa sino la de recomenzar toda tu obra por los más oscuros obstáculos del principio...

- ¡Señor!... ¡Señor!... – lloró el siervo displicente. ¿Dónde está tu equidad? Distes a mis compañeros el Dinero, el Poder, la Comodidad, la Habilidad, el Prestigio, la Inteligencia y la Autoridad, y a mí me concediste tan sólo el Conocimiento Espírita... ¿Cómo haces caer sobre mí todo el peso de tu severidad?

El Señor, entre tanto, explicó, suavemente:

- No desconoces que te atribuí la luz de la Verdad como siendo el mayor bien de todos. Si ambos compañeros tuyos no acertaron en todo, es que les faltaba el discernimiento que les podrías haber suministrado, a través del ejemplo, del que huiste por miedo de la responsabilidad de corregir amando y trabajar instruyendo... Escondiendo la riqueza que te presté, no sólo te perdiste por el temor de sufrir y auxiliar, sino perjudicaste la obra deficitaria de tus hermanos, cuyos días en el mundo habrían alcanzado mayor rendimiento en el Bien Eterno, si hubiesen recibido el toque de amor y servicio, humildad y paciencia que les negaste!...

- ¡Señor!... ¡Señor!... ¿por qué? – sollozó el infeliz - ¿por qué tamaño rigor, si tu Ley es de Misericordia y Justicia?

Entonces, los asesores del Señor condujeron al siervo desleal hacia las sombras del recomienzo, esclareciéndole que la Ley, realmente, es disciplina de Misericordia y Justicia, pero con una diferencia: para los ignorantes del deber, la Justicia llega por decreto de la Misericordia; pero, para las criaturas conscientes de las propias obligaciones, la Misericordia llega por la cárcel de la Justicia.

EL MÉDIUM ESPÍRITA

Cuando el Médiun Espírita apareció en la asamblea doctrinaria, sinceramente decidido a la tarea que le fuera designada, abrazó el servicio con ardor; entre tanto, de las pequeñas multitudes que lo acompañaban surgieron voces: “es demasiado verde, no tiene experiencia”. El sembrador del bien asumió aires de adulto y adoptó costumbres austeras, mas el público observó: “es un viejo prematuro, sin la llama del ideal”. Él renovó la propia actitud y se mostró entusiasta, pero oyó un nuevo concepto: “es un temperamento peligroso, entregado a la insolencia”. Procuró entonces adicionar vehemencia al optimismo y los circunstantes hicieron coro: “es explosivo, dado a la violencia”. El servidor disminuyó los impulsos y comenzó a usar textos esclarecedores para fundamentar las propias aserciones, leyendo opiniones de autoridades, y escuchó una nueva anotación: “es un burro que no sabe hablar, sino recurriendo a notas ajenas”. Abandonó, de ahí en adelante, el sistema de citas y pasó a dar solamente respuestas rápidas sobre los problemas que le venían a la esfera de acción, y exclamaron después: “es un negligente, sin ninguna atención para el estudio”. A esa altura, el obrero de la Espiritualidad juzgó más razonable servir a la Causa de la Luz, en el propio hogar; con todo, oyó: “es un cobarde, no enfrenta responsabilidades delante del pueblo”. El Médiun regresó a las actividades públicas y entró a colaborar en la sementera del conocimiento superior, donde fuese llamado, y surgió otra sentencia: “es un maniquí de la vanidad, maniobrado por agentes de las tinieblas”. El atormentado trabajador procuró evitar discusiones y escogió una actitud de reserva, hablando apenas en torno de las cuestiones más simples de la edificación espiritual, y se comentó: “es demasiado débil sin ninguna fibra moral para los testimonios de la fe”. Registrando eso, esposó el régimen de la mente renovada con el verbo franco, y anotaron de inmediato: “es un obsesionado, entregado a la mistificación”. Intentó acomodarse, haciendo únicamente aquello que consideraba como su propio deber, y clamaron: “es un vagabundo, nada quiere con el trabajo”. Él tornó a inflamarse de buena voluntad, ofreciendo el máximo de las propias fuerzas para la construcción de la Espiritualidad Mayor, y acusaron: “es un revolucionario, debe ser vigilado”...

Afligido, el medianero buscó al mentor espiritual que le propiciaba amparo constante, y lloró:

- Ah! Benefactor mío, ¿qué hago si no satisfago?
- ¿De quién recibiste la tarea del bien? – preguntó el amigo. -¿Del Señor o de los hombres?
- Del Señor – sollozó el Médiun.

- Entonces – replicó el abnegado compañero -, llevaré tu indagación al Señor y mañana traeré la respuesta.

Al día siguiente, al amanecer, cuando el servidor oraba, rogando fuerza e inspiración, le apareció al frente el instructor espiritual y habló, sereno:

- El Señor mandó a decirte que, habiéndote nombrado para colaborar en la Obra de Redención, así lo hizo porque confiaba en tu amor para con los hermanos de la familia humana, y que, por eso mismo, no te solicitó el inventario de las críticas que por ventura te fuesen hechas, y sí, te recomendó tan solamente servir y trabajar.

En ese instante, la primera claridad nocturna atravesó, de pronto, la ventana de vidrio. El mediador, con el alma súbitamente inspirada por nueva comprensión, miró el hilo de luz que venciera las tinieblas para animarlo en silencio... En seguida, pensó y pensó, poco a poco, invadido por extraño júbilo... Desde entonces, el Médiu Espírita se olvidó de sí mismo y aprendió con el rayo del Sol que su fuerza venía del Señor y que su felicidad se resumía en servir y servir, trabajar y trabajar.

CUESTIÓN MODERNA

Los cuatro mensajeros de la Esfera Superior, antes de la venida a la Tierra en misión educadora y reconfortante, oyeron claramente las palabras del sabio orientador que los dirigía:

- Hijos, guardareis en todo y con todos la nobleza de nuestros principios.

Donde estuvierais, habilitaos a hablar con seguridad y a extender las manos limpias, a fin de ayudar.

Defended la simplicidad y la pureza de la doctrina renovadora de la cual sois emisarios. No la manchéis con innovaciones que se le hagan incompatibles con la esencia de la luz! No mezcléis el trigo con la cizaña, ni la mentira con la verdad...

En toda circunstancia, recordad que sois enviados a servir!...

La diminuta caravana partió del luminoso camino con rumbo a la Tierra y, en un punto determinado, los cuatro componentes se separaron con la promesa del reencuentro, en el mismo sitio, veinte meses después.

Transcurrido ese tiempo, helos aquí de retorno para el entendimiento afectivo.

Venían, entre tanto, fatigados, desilusionados...

El primero habló:

- Estoy cansado de luchar. La comunidad a la que me correspondió prestar concurso está constituida por clases que se tiranizan entre sí. El orgullo les arrasa la fuerza moral y los prejuicios de raza consumen sus mejores aspiraciones de fraternidad. Nada pude hacer. Sin duda, creen en Cristo y reverencian su Evangelio; con todo, en vista de lo que expongo, no creo que puedan recibir nuestra cooperación y guardar nobleza de principios.

Dijo el segundo:

- Donde estuve, encontré solamente la pasión por la fortuna terrestre. Las criaturas aceptan la Doctrina Cristiana y hablan de ella, respetuosamente, una vez por semana; entre tanto, inmovilizan la mente en cuestiones de dinero... Trabajan, sufren y desencarnan casi únicamente por eso... Vuelvo desalentado porque no admito que consigan, así, amar a Dios y a la Humanidad, levantando manos limpias...

Se explicó el tercero:

Vi apenas religiosos fanáticos por donde pasé. Vanidosos de las letras que atesoraron, creen en las Divinas Escrituras, pero forman grupos de intolerancia entre sí y combaten a cualquier persona que no interprete las enseñanzas del Señor a la manera de ellos... Desistí de ayudarlos, toda vez que no los supongo capaces de mostrar corazón humilde y simple en la Obra del Maestro!...

Por fin, se quejó el último:

- No traigo tampoco otra cosa que no sea amargura y desencanto. En las regiones que visité, pude tomar contacto con millares de hermanos que veneran a Jesús, pero en medio de entidades menos evolucionadas, cuya visión no va más allá de ventajas y gratificaciones de la existencia material. Esas personas, según deduje, no aspiran a otra actividad espiritual que no sea el intercambio mediúmnico en base al interés rastrero y al misticismo primitivo. No comprendo cómo consiguieron aceptar nuestra colaboración, sin hacer innovaciones desaconsejables, en la hacienda del Cristo de Dios.

Mezclando lamentación y censura, entraron en oración, apelando al discernimiento del mentor que los enviara, y, después de algunos minutos, el experimentado amigo se hizo visible, considerando, después de oírlos:

- Hijos míos, ¿vinisteis a cooperar en el trabajo urgente del Evangelio o sois partes del problema de Jesús? Debemos guardar nobleza de principios, movilizar manos limpias, conservar simplicidad y evitar inconvenientes en la construcción del Reino del Señor, pero, sin duda, instruyendo a nuestros compañeros de Humanidad para que hagan lo mismo, a través de la paciencia, esfuerzo, buena palabra y ejemplo edificante. ¿Qué decir del médico decidido a huir del enfermo que espera sus cuidados, bajo la disculpa de que el hermano necesitado es portador de dolencia? ¿Sabremos nosotros algo de útil sin que alguien nos haya enseñado? La evangelización es empresa de amor. ¿Cómo reclamar virtudes ajenas sin ayudar a levantarlas? ¿Dónde nos será posible encontrar perfeccionamiento y renovación sin que nos dispongamos a servir? ¿Y no será para servir mejor que el Señor nos auxilia y nos induce a conocer mejor? Retomemos nuestras obligaciones y seamos fieles!...

Se calló el orientador y, percibiendo que él se aprestaba a partir, de regreso a la Espiritualidad Mayor, uno de los trabajadores inquirió, afligido:

- Generoso amigo, una palabra más!... Sintetizad para nosotros alguna última advertencia que nos pueda mantener el raciocinio claro en la acción justa!... Socórrenos!... Déjanos un consejo, una frase que nos sirva de luz en la hora de la indecisión!...

El mentor fijó, de manera expresiva, la reducida asamblea y concluyó:

- Ah! Hijos míos!... hijos míos!... Estamos llamados a realizar la siembra y la cosecha del Evangelio, donde la siembra y la cosecha del Evangelio se encuentren!... En verdad, poco podéis contra la oscuridad del materialismo, cuando la oscuridad del materialismo animaliza a las criaturas... Estemos, sin embargo, convencidos de que, donde ese o aquel grupo humano demuestre sinceridad y buena conciencia, cualquier servicio por Jesús y en nombre de Jesús será siempre mejor que nada.

EL ÁNGEL Y EL MALHECHOR

El Mensajero del Cielo volvió de lo Alto al sombrío valle del mundo, en apoyo de cientos de criaturas sumergidas en la enfermedad y el crimen, en la miseria y en la ignorancia, y, necesitando concurso ajeno para extender ayuda urgente, comenzó por recurrir a la publicación de llamados del propio Evangelio, induciendo corazones, en nombre de Cristo, a la compasión y a la caridad.

Entre tanto, como tardaba cualquier resultado concreto, ya que los habitantes del valle se conmovían con las leyendas, pero no se animaban a la menor manifestación de amparo al prójimo, el Enviado Celestial, convencido de que fuera recomendado por el Señor a servir y no a cuestionar, juzgó más acertado asumir la forma de un hombre y solicitar sin demoras el apoyo de alguien que le pudiese prestar auxilio.

Materializado con todas las reglas, procuró la colaboración de los hombres considerados más responsables.

Humilde y resuelto, repetía siempre la misma invitación a la práctica evangélica, registrando respuestas que lo sorprendían por la diferencia.

EL VIRTUOSO – No puedo manchar mi nombre en contacto con los viciosos y desviados.

EL SABIO – Cada cual está en la cosecha de aquello que sembró. Me falta tiempo para ayudar vagabundos, voluntariamente distanciados de la propia restauración.

EL PRUDENTE – No puedo arriesgar mi posición difícilmente conquistada, en la intimidad de personas que me perjudicarían la estima pública.

EL FILÁNTROPO – Doy el dinero que sea necesario, mas de ningún modo me animaría a lavar heridas de quien quiera que sea.

EL PREDICADOR - ¿Qué dirían de mí si me vieses en la compañía de criminales?

EL FILÓSOFO – Nunca descendería a semejante infantilidad... Aspiro a alcanzar las más altas revelaciones del Universo. Debo estudiar infinitamente... Además de eso, estoy cansado de saber que, si no hubiese sufrimiento, ninguno se libraría del mal...

EL INVESTIGADOR DE LA VERDAD – No soy la persona indicada. La caridad es una capa de muchos pliegues, que tanto acoge al altruismo como al fraude. No me incomode... Procuro tan solamente las realidades esenciales.

Desencantado, el Mensajero golpeó la puerta de un conocido malhechor, además, la persona menos calificada para la tarea, y reformuló su solicitud.

El convidado, a pesar de sus desajustes íntimos, consideró, de inmediato, la honra que el Señor le hacía, propiciándole la oportunidad de operar en la elevación del bien general, y meditó, agradecido, en la Infinita Bondad que lo arrancaba de la condenación hacia el favor del servicio. No vaciló. Siguió a aquel desconocido de maneras fraternales que le pedía cooperación y se entregó decididamente al trabajo. En poco tiempo, conoció a fondo el martirio de las madres desamparadas, entre la enfermedad y la penuria, cargando huérfanos de padres vivos; el llanto de las viudas relegadas a la soledad; las aflicciones de los enfermos que esperaban la muerte en las áreas de nadie; la tragedia de los niños abandonados; el suplicio de los calumniados sin defensa; los problemas terribles de los obsesionados sin asistencia; la opresión de las víctimas de los prejuicios llevados a la exageración por el orgullo social; la angustia de los sufrientes caídos en desesperación por ausencia de fe...

Modificado en los más profundos sentimientos, el ex malhechor se consagró al alivio y a la felicidad de los otros y, percibiendo necesidades y pruebas que no conocía, procuró instruirse y perfeccionarse. Con cuarenta años de abnegación, adquirió las cualidades básicas del Virtuoso, los recursos primordiales del Sabio, el equilibrio del Prudente, las facilidades económicas del Filántropo, la competencia del Predicador, la acuidad mental del Filósofo y los pensamientos del Investigador de la Verdad...

Cuando despidió el cuerpo físico, por la desencarnación – Espíritu iluminado por el crisol de la propia regeneración, al calor de la dedicación al prójimo -, entró victoriosamente en el Cielo, para la ascensión a otros Cielos...

.....

Un día, llegaron al umbral de la Esfera Superior el Virtuoso, el Sabio, el Prudente, el Filósofo, el Predicador y el Investigador de la Verdad... Examinados por la Justicia Divina, fueron considerados dignos delante de las Leyes del Señor; entre tanto, para el mérito de seguir adelante, luces arriba, les faltaba trabajar en la siembra del amor a los semejantes... Mientras que en la Tierra, no habían desentrañado los tesoros que Dios les había conferido en beneficio de los otros. Les cabía, así, el deber de regresar a las lides de la reencarnación, pero, porque habían abrazado una conducta respetable en el mundo, el Virtuoso recibiría, en la existencia venidera, más veneración, el Sabio más aprecio, el Prudente más serenidad, el Filántropo más dinero, el Predicador más inspiración, el Filósofo más discernimiento y el Investigador de la Verdad más luz...

Observando, sin embargo, que el malhechor, ampliamente conocido de todos ellos, vestía una alba túnica resplandeciente, funcionando entre los agentes de la Divina Justicia, comenzaron a discutir entre sí, incapaces de reconocer que en la obra del amor cualquier hijo de Dios encuentra los instrumentos y caminos de la propia renovación. Desalentados, pasaron a reclamar... En nombre de los

compañeros, el Virtuoso se aproximó al orientador mayor que revisaba sus intereses en el Plano Espiritual e indagó:

- Venerable Juez, ¿por qué motivo un malhechor atravesó, antes que nosotros, las fronteras del Cielo?!...

El magistrado, sin embargo, le bendijo la inquietud con una sonrisa e informó simplemente:

- Sirvió.

EL MENSAJERO DE LA CALLE

Mediumnidad al servicio de los semejantes!

Dice usted que eso cuesta caro, y habla de renuncia y problemas personales. Pero, ¿se olvidará usted de los beneficios que los dotes mediúmnicos traen a todos aquellos que los utilizan en la extensión de las buenas obras? ¿Olvidará cuántas veces la empresa del bien le arrebató el corazón a las garras del mal? Piense en eso, mi querido mensajero, y no tire afuera sus ventajas que superan en mucho los obstáculos que, por ventura, le estorben en la vida.

A ese respecto, cuento a usted, en versión nueva, una leyenda antigua que recorre el mundo cristiano, desde largo tiempo.

.....

Cierto hombre, que se reencarnara a fin de educarse en duras pruebas, como son las enfermedades, abandono y soledad instaló la cabaña que le serviría de casa a la orilla de una calle desierta y polvorienta, por encima del hondo valle, donde una fuente permanente mantenía en el suelo seco una larga franja de verdura.

Viajeros iban y venían y, fuesen ellos ocupantes de carruajes, o simplemente pobres pasajeros a pie, he aquí que paraban junto a la cabaña, contentos y agradecidos por encontrar, ahí, con el hombre solitario, una bendición muy rara en la región: agua pura.

El ermitaño, en demostraciones de bondad incesante, varias veces, diariamente, descendía la vertiente agresiva hasta el manantial y llenaba el cántaro, regresando, sendero arriba, tan sólo en el intento de ofrecer agua cristalina a los distintos viajeros.

En la faena de auxiliar, entró en contacto con un Espíritu angélico a quien el Señor encargara velar por todos los que transitaran por la extensa carretera, y el eremita, profundamente emocionado y feliz, pasó a llamarlo Ángel de la Calle.

Se estableció poco después, entre los dos, una suave convivencia. Ninguno de los pasajeros veía a su celestial compañero; entre tanto, para el solitario, aquel bienhechor espiritual se transformó en una presencia sublime. Si estaba cansado, he aquí que el Ángel le restauraba las energías; si enfermo, recibía de él el remedio saludable; si triste, recogía sus exhortaciones reconfortantes y, cuando tenía dudas sobre enfermedades y dificultades naturales de lo cotidiano, tomaba sus sugerencias cargadas de amor. El Amigo del Cielo descendía con él hasta la fuente, tantas veces como fuesen necesarias, lo ayudaba a transportar el gran vaso lleno, le narraba historias de las Mansiones Divinas, recubriéndole el alma de tranquilidad y júbilo sereno.

El tiempo corrió y treinta años sobrevolaron aquella amistad entre dos criaturas domiciliadas en mundos diferentes.

La calle era siempre una hostel de la Naturaleza, albergando viajeros que se renovaban constantemente, pero el ermitaño, aunque satisfecho, mostraba ahora la cabellera blanca y los hombros caídos.

Cierta vez, un hombre práctico, de paso por el lugar, viéndole la cabeza inclinada al peso del cántaro redondo, le observó, aconsejándole:

- Amigo, ¿por qué un sacrificio así tan grande? ¿No sería mejor y más justo transferir su casa a la fuente, en vez de buscar la fuente para la casa?

El dispensador de agua se estremeció de alegría. ¿Cómo no pensara en eso antes? De la idea a su realización mediaron pocos días... Entre tanto, cargando el viejo material de la vetusta choza hacia el reingreso del valle, he aquí que ve al amigo angélico en lágrimas copiosas...

- Ángel bueno, ¿por qué lloras?

Y la respuesta vino rápida:

- Pues, entonces, ¿no te das cuenta? Me concedió el Señor la tarea de proteger la vida de cuantos se arriesgan por el camino... Mientras te encontrabas allá, ofreciendo agua limpia a los que viajaban con sed, tenía yo la autorización de intercambiar contigo las bendiciones de la amistad. Pero ahora... Si prefieres el menor esfuerzo, es forzoso que yo me resigno a distancia de ti, esperando que alguien se decida a cooperar conmigo, junto a los viajeros que me cabe amparar en la condición de celador del camino!...

El eremita no vaciló. Suspendió la mudanza, tornó al lugar primitivo, retomó su venturosa paz de espíritu al pie de la multitud anónima a la que prestaba servicio, y prefirió trabajar a ser feliz, en compañía del mensajero celeste, con quien partió para el Más Allá, el día en que apareció la muerte del cuerpo.

.....

Como es fácil de juzgar y de ver, mi caro amigo, bendiga su posibilidad de saciar la sed de los peregrinos de la romería terrestre con las aguas puras de la fe viva, esclarecimiento, pacificación y consuelo, sin fijarse en los eventuales sacrificios que eso le cueste. Usted comprenderá, un día, que vale mucho más librar a alguien de aflicciones y tentaciones, junto a los Espíritus Benevolentes y Amigos, que vivir a cuenta de nuestras propias imperfecciones de las existencias pasadas, y que es mucho mejor desencarnar sufriendo, pero sirviendo al prójimo, a favor de la propia liberación espiritual, que tener que acompañar el desgaste repelente del cuerpo, poco a poco, en la facilidad y el descanso, para ahondar, de nuevo, en el momento de la muerte, en la corriente profunda de nuestras pasiones y desequilibrios.

LA LEYENDA DEL PODER

La asamblea familiar comentaba la difícil situación de los Espíritus rebeldes que se habitúan a la acritud crónica por una larga hilera de encarnaciones sucesivas, cuando Juan de Kotchana, experimentado instructor de cristianos desencarnados, en las regiones de Bulgaria, nos contó, entre sensato y optimista:

- Tenemos nosotros una antigua leyenda que adaptaré a nuestro asunto para la debida meditación... Dicen que Dios, cuando comenzó a repartir los dones de la vida, entre los primeros hombres de los primeros agrupamientos humanos constituidos en la Tierra, decretó que fuese concedido a los Buenos el Poder Soberano.

Informados que el Supremo Señor estaba haciendo concesiones, los Valientes acudieron apresurados a la Divina Presencia, solicitando la cuota que les sería adjudicada.

- ¿Qué deseáis, hijos míos? – indagó el Eterno.

- Señor, queremos el Poder Soberano.

- Esa atribución – explicó el Todo-Misericordioso – ya la concedí a los Buenos; solamente ellos conseguirán gobernar el reino de los corazones, el territorio vivo del espíritu, donde se ejerce el poder verdadero.

- Ah! Señor, ¿y nosotros? ¿Qué será de nosotros, los que disponemos de suficiente osadía para comandar los distritos de la existencia y transformarlos?

- No puedo revocar una orden que ya expedí – observó el Omnipotente -; entre tanto, si no puedo confiaros el Poder Soberano, os concedo un encargo de los más importantes, la Autoridad. Id en paz.

Se esparció la noticia y vinieron los Intelectuales al Trono Excelso.

El Todopoderoso inquirió en cuanto al propósito de los visitantes y la respuesta no se hizo esperar:

- Señor, aspiramos a la posesión del Poder Soberano.

- Imposible. Esa prerrogativa fue concedida a los Buenos. Sólo ellos lograrán renovar a las otras criaturas en mi nombre.

Y porque los intelectuales preguntasen respetuosamente con qué recurso les sería lícito operar, Dios les entregó el dominio de la Ciencia.

Vino, entonces, la oportunidad de los Habilidadosos. Con amplia representación, surgieron delante del padre y, como fuesen cuestionados en cuanto a lo que pretendían, respondieron con vehemencia:

- Señor, suplicamos para nosotros el Poder Soberano.

El Todo-Bondadoso relató la imposibilidad de atenderlos, pero les dio el Ingenio.

Después, concurrieron los Imaginativos al Sagrado recinto y aclararon que contaban para ellos con la misma codiciada atribución.

El Todo-Amoroso respondió con una negativa afectuosa; sin embargo, los obsequió con la luz del Arte.

Poco después, los Devotos llegaron al Augusto Cenáculo y rogaron igualmente se les confiriese la facultad del mando, y recogieron la misma negativa, en términos de extremado cariño; con todo, el Todo-Misericordioso les otorgó el talento bendito del Trabajo.

En seguida, los Rebeldes, que no buscaban sino defectos y problemas transitorios en la obra de la Vida – los problemas y defectos que Dios sanaría con el apoyo del Tiempo, de manera de no herir los intereses de los hijos más débiles y más ignorantes -, comparecieron delante del Supremo Donante de Todas las Bendiciones y, en vista de que se mostraran con agresiva actitud, la voz del Padre se hizo más dulce al preguntarles:

- ¿Qué deseáis, hijos míos?

Los Rebeldes retrucaron duramente:

- Señor, exigimos para nosotros el Poder Soberano.

- Eso pertenece a los Buenos – dijo el Todo-Sabio -, pues solamente aquellos que disponen de suficiente abnegación para olvidar los agravios que se les hagan, prosiguiendo infatigables en el cultivo del bien a los semejantes, guardarán consigo el poder de gobernar a los corazones... Entre tanto, hijos míos, tengo otros dones para concederos...

Antes, sin embargo, que el Supremo Señor terminase, los oyentes gritaron intempestivamente:

- No aceptamos otra cosa que no sea el Poder Soberano. Queremos dominar, dominar... Fuera del poder, el resto es miseria...

El Omnipotente miró a cada uno de los circunstantes, lleno de compasión, y declaró, sin alterarse:

- Entonces, hijos míos, en todo tiempo que estuvierais en condición de Rebeldes, tendréis con vosotros la miseria...

Y, desde esa ocasión, remató Kotchana, todo espíritu, mientras sea rebelde, no tiene para sí mismo sino la acidez de la queja y la penuria del corazón.

.....

Oí la leyenda, tomo la enseñanza que me toca y ofrezco la pieza a los compañeros reencarnados en la Tierra, que por ventura sean aún inútilmente rebeldes como yo he sido y ya no quiero ser más.

LA CONVERSACIÓN

La conversación entre las dos jóvenes señoras se desenvolvía en el ómnibus.

- Usted no puede imaginar mi amor por él...
- No puedo concordar con usted.
- De seguro que no me entiende.
- Pero, Dulce, ¿usted llega a querer a Dionisio tanto como al marido?
- No tanto, pero no consigo estar sin los dos.
- ¡Mi Dios! ¡Eso es cosa de hogar sin hijos!...
- Es posible...
- ¿Usted no encuentra eso extraño, inadmisible?
- Lo encuentro natural.
- La noto a usted demasiado apegada, no es justo...
- Sé que usted no me comprende...
- Simplemente no estoy de acuerdo.
- Pero Dionisio...
- Eso es una psicosis...

Doña Dulce y la amiga, entre tanto, ignoraban que Doña Lequiña, vecina de ambas, se había sentado cerca y estaba de oído atento, sin perder una palabra.

De parada en parada, cada una volvió al hogar suburbano, pero Lequiña, al llegar a casa, comenzó a fantasear... Bien que notara a Doña Dulce acompañada por un mozo al tomar el eléctrico, además, persona de cautivante presencia. Recordó sus últimas palabras: “anda tranquila, mañana telefonaré!”

Con la cabeza caliente, sospechando novedades en el aire, aguardó al esposo, colega de servicio del esposo de Doña Dulce, y tan pronto se sentó a la mesa, a solas con él para cenar, surgió un nuevo diálogo:

- Usted no imagina lo que vi hoy...
- Diga, mujer...
- Doña dulce, calcule usted!... Doña Dulce, que siempre nos pareció una santa, está de aventuras...
- ¡¿Qué?!
- Lo vi con mis ojos... Un mozalbete la seguía mostrando gestos de apasionado y, por fin, en el ómnibus, ella misma se confesó a Doña Cecilia... Llegó a decir que no consigue vivir sin el marido y sin el otro... Una calamidad!...

- Ah! Pero eso no se queda así, no! Julio es mi colega y Julio lo va a saber!...

La conversación continuó a través de comentarios escondidos y, al día siguiente, por la mañana, en la oficina, el amigo oye del amigo el descubrimiento en tono sigiloso:

- Julio, usted me entiende... somos compañeros y no puedo engañarlo... Lo que le voy a decir representa un sacrificio para mí, pero hablo por su bien... Su nombre es demasiado limpio para ser deshonorado, como estoy viendo... No puedo quedar callado por más tiempo... Su mujer...

Y el esposo escuchó la denuncia, largamente murmurada, como si le enterraran una afilada lámina en el pecho.

Agradeció pálido...

En seguida, pidió permiso para ir a casa a su jefe, alegando un pretexto cualquiera. En el fondo, sin embargo, ansiaba por un entendimiento con la esposa, aconsejarla, saber lo que había de cierto.

Dejó el servicio, enrumbó al hogar y, llegando allá, penetró en la sala, angustiado...

Se paralizó, de improviso.

La compañera hablaba, despreocupadamente, al teléfono, en el cuarto de dormir: "Ah sí!...", "No hay problema", "Hoy mismo". "A las tres horas"... "Mi marido no puede saber..."

Julio retrocedió, a manera de un perro espantado. Presa de gran excitación, volvió a la calle. Poco después, notificó a la oficina que se sentía enfermo y pretendía medicarse. Retornó a casa e intentó almorzar, en compañía de la mujer que, en vano, procuró hacerlo sonreír.

Abatido, volvió a deambular por las vías públicas y, pocos minutos después de las tres de la tarde, entró sutilmente en la casa... Afligido, mentalmente descontrolado, entreabrió muy despacito la puerta del cuarto y vio, ahora positivamente aterrado, a un rapaz en mangas de camisa, inclinándose sobre su propio lecho. Con la imaginación envenenada, concibió la peor interpretación...

El pobre operario retrocedió delirante y, en la noche, fue encontrado muerto en un pequeño galpón de los fondos. Se ahorcó en su desesperación...

Sólo entonces, al llanto de Doña Dulce, la intriga fue aclarada.

Dionisio era apenas el bello gatito angora que la desolada señora criaba con inmensa estimación; el mozo que la siguiera hasta el ómnibus era el veterinario, a cuyos cuidados profesionales confiara ella el animal enfermo, la llamada telefónica se basaba en la encomienda que Doña Dulce hiciera de un colchón de resortes, al gusto moderno, para una afectuosa sorpresa al marido, y el rapaz que se hallaba en el aposento íntimo del hogar era, ni más ni menos, que el empleado de la casa de muebles que viniera a ajustar el referido colchón al lecho de grandes proporciones.

La tragedia, sin embargo, estaba consumada y Doña Lequiña, delante del suicida expuesto a las visitas, comentó, bajito, a la amiga de al lado:

- ¡Qué hombre precipitado!... ¡Morir por una tontería! La gente habla ciertas cosas, sólo por hablar!...

LECCIÓN VIVA

Camino al aeropuerto, Aristeu Soares comentaba con el amigo Alcides Mota las enseñanzas recogidas en la reunión mediúmnica de la víspera, y se estableció, de pronto, un curioso diálogo.

- Creo absolutamente inoportuna cualquier prédica tendiente a herir nuestra independencia – hablaba Soares, decidido.

Pero... contestaba Mota, reservado.

El asunto no admite evasivas. Los Espíritus amigos que se comuniquen, que consuelen, que instruyan; mientras tanto, nada de fabricar frenos psicológicos, copiando a las religiones del pasado.

-Pero, estamos en un período de reencarnación, a manera de alumnos en la escuela. No sabemos todo y no estamos libres del auxilio de profesores que nos señalen el camino seguro, para que vengamos a errar lo menos posible!...

- Nadie aprende sin experimentar la lección por sí mismo.

- La función de la enseñanza será, de seguro, conducirnos a la experiencia sin caídas innecesarias.

- Usted está buscando subterfugios.

- No, querido mío. Comprendamos que los buenos Espíritus nos ayudan sin coacción. La ley de Dios nos reclama a vivir hoy de modo más elevado que antes. Usted, claro, no querrá repetir las mismas faltas de pasadas reencarnaciones...

- Eso es otra cosa. La enseñanza es luz para lo íntimo. Concuerdo en que los bienhechores espirituales nos eduquen los sentimientos; entre tanto, a mi modo de ver, no es justo que se aprovechen del intercambio con nosotros para apartarnos de la regalía de proceder como quisiéramos... Serán buenos amigos, sin duda; con todo, la mayoría de las veces, se hacen dulces y amables para inducirnos a una posición de disciplina que no apruebo. Nada de exposiciones acerca de penas y lágrimas más allá de la tumba y de invocaciones angustiosas a esa o a aquella actitud, ante los principios de causa y efecto, como si debiésemos desempeñar el papel de niños asombrados...

- Soares, Soares!... Usted, por lo que veo, no percibe que los instructores espirituales nos guían para el bien, exclusivamente para el bien...

- Comprendo que se pruebe la inmortalidad del alma y acepto la necesidad de la convicción, pero no justifico advertencias y avisos de amigos encarnados o desencarnados. Si todos disponemos de libre albedrío y si la propia Doctrina Espírita consagra la responsabilidad personal, ¿por qué motivo los discursos o escritos de corrección o de reprobación?!...

Mota, sin embargo, no desmayaba en la sensata argumentación con que se imponía, y replicaba, mientras el ómnibus se deslizaba, raudo:

- Acuérdense de que estamos en la Tierra, “mundo de pruebas y expiaciones”. Somos en la Humanidad los miembros de una sola familia, en la obligación de ampararnos y defendernos mutuamente. En muchas ocasiones, en vez de actuar con acierto, actuamos a manera de locos... Ahora, no siempre cumpliremos el deber de la solidaridad, ofreciendo rosas y caramelos unos a otros. Un compañero, próximo a ahogarse, es salvado a través de un choque providencial...

No. Nada de escapatoria. Un accidente es otra cosa. Me refiero a los consejos que nadie pide...

- ¿Dónde colocaremos, entonces, a la medicina preventiva y los preceptos de orden social? En un planeta como el nuestro, no podemos ignorar el valor de la policía y de la inmunización.

- No me venga con sofismas. Estoy contra cualquier palabra de la Tierra o del mundo espiritual que intente frustrarnos el derecho irrestricto a la libertad de acción...

En eso, el vehículo paró y la conversación se interrumpió, porque el avión estaba casi por decolar.

Algunos minutos después, y los dos compañeros se hallaban en pleno cielo, confortablemente instalados rumbo a la capital argentina.

Todo corría a las mil maravillas, cuando, en medio de la noche, ambos vieron a cierto compañero de viaje, evidentemente enfermo y en un momento de insania, ajustando una bomba, muy cerca de sí mismo, para un suicidio espectacular.

Fue entonces que Mota habló a Soares, con excelente lógica:

- Ahora, querido mío, recordemos nuestro desacuerdo y examinemos la prueba delante de los nosotros. ¿Tomamos medida contra el vecino en delirio o comprometemos, conscientemente, no sólo nuestra vida, sino también la vida de decenas de pasajeros. Y no sólo eso. Es necesario actuar con prudencia o iremos todos por los aires...

Aristeo concordó con una sonrisa pálida:

-Es... es...

Y mientras Mota se dirigía, cauteloso, al comando de la nave, para la solución pacífica del problema, fue el propio Soares quien se acercó afectuosamente al loco y, después de identificar su condición de espíritu rebelde, pasó a advertirlo con palabras de dulzura y entendimiento, llamándolo de “hermano”.

DOCUMENTO RARO

Mientras trabajábamos en la prestación de socorro a compañeros en prueba, horas después de enorme desastre en que decenas de personas perdieran la existencia por ahogamiento en un gran río, encontré la libreta de notas de Joaquín Nonato, cuya presencia entre los desencarnados me fuera señalada por un amigo. Impresionado por la lectura de ese curioso documento, empapado de lodo, me siento en el deber de transcribirlo, en su integridad:

2-1-66 – Estoy iniciando mi trabajo de este año, decidido a ganar más dinero. No renuncio a eso. Volví antes a la casa del primo Juca y oí la misma cantilena. Es duro pensar que él repite el caso, hace diez años sin fallar!... Pobre! Hombre bueno, pero demasiado crédulo. Escuchó, en el grupo de espíritas que frecuenta, algún libertino interesado en hurtarme dinero y afirma que sólo la caridad podrá remover **la prueba que me espera...** Me contó el pobre Juca que él mismo, **en una visión**, me vio en una vida pasada, en la condición de malhechor, ahogando a un viajante, a altas horas de la noche, para robarle una gran fortuna!... y añadió que el médium de su confianza confirmara eso. Pero no es sólo eso. Pusieron el nombre de mi madre, muerta hace treinta años, en esa historia graciosa. Dice el médium que la vieja me mandó pedir auxiliar a los otros, amparar a los necesitados y beneficiar al prójimo, tomando la caridad como patrona de mi defensa, así como alguien, que se encuentra complicado en asuntos con la justicia, contrata el apoyo de un abogado... Mi madre hubiera dado comunicaciones rogando para que yo distribuya por lo menos la quinta parte de mi dinero en buenas obras, de manera de evitar gran parte de mis sufrimientos futuros!... El infeliz de Juca aún intentó persuadirme de que, delante de las Leyes de Dios, es posible rescatar en amor al prójimo las deudas que nos cabe resolver a través de pruebas... ¡Qué buen chiste!... Mi dinero es lo que ellos quieren!... Mísero de Juca!. Esos casos de avisos son simplemente el resultado de mi conversación. Hace once años, soñé que estaba tirando a un hombre a las aguas de un río, después de haberlo destripado para quitarle la bolsa. Desperté sudando, afligido. Cometí la tontería de contar eso, en la tienda de Ascanio, en Buen Suceso, en una rueda de amigos y, con certeza, los espíritas tomaron conocimiento de mi imprudencia y ahora me rodean en el intento de extorsionarme dinero... Están muy engañados. No daré un céntimo a nadie. Quien gusta de fantasmas es un niño. El bobo de mi primo aún me vino a explicar que hay mucha gente sufriendo por ahí y que debo ayudar... ¡Esa es buena! ¡No soy el dueño del mundo!...

4 -2- 66 – Embargué a la viuda Soares y recibí los dos millones que ella insistía en no pagar, alegando las dificultades en que quedó, después de la muerte del marido. Lloró, lloró, pero cayó con los cobres. Cuando vendí al

matrimonio el lote 16, el hombre no me dijo que era enfermo y, al final, yo no mando en la muerte...

15 -3 - 66 – Me quejé a la policía del viejo Cirino Arao. Viejo atrevido!... Además de la deuda de un millón y quinientos mil en que está atrasado conmigo, desde hace cuatro días, aún me insultó, llamándome “pan duro”... Pero eso no queda así, no... Él será llamado a conversaciones y resolverá el problema. No perdonaré un céntimo...

16 - 4 - 66 – Juca me telefoneó, aconsejándome para que me acuerde del **mensaje** y visite, en compañía de él, una casa de huérfanos. Simple trampa. Me negué. No quiero encontrar aprovechadores. Tengo más que hacer. Le dije, claramente, que preciso ir hoy a Nueva Iguazú a recibir los dos millones restantes de los seis lotes que vendí el mes pasado.

10 – 5 – 66 – Embargué a la lavandera Ernestina en ochocientos mil cruzeiros... Se lamentaba de que no podría pagar ahora las prestaciones del terreno que me compró, porque los cuatro hijos enfermaron al mismo tiempo... ¡Esa gente es una fábula!... A la hora de comprar, promesas; para pagar, la lloradera.

2 – 6 – 66 – Fui personalmente a la cobranza de los seis millones que diversos clientes me deben, desde enero. Todos pagarán o arreglarán cuentas con la Justicia...

10 – 7 – 66 – Recibí hoy cuatro heladeras y dos máquinas de costura para cancelar débitos atrasados. Todo en buen estado. Creo que haré un millón y doscientos mil, a la vista, con ese material.

11 – 8 – 66 – Juca volvió a buscarme para hablar de reencarnaciones pasadas y de beneficencia para mejorar la vida. Hoy no aguanté... Me reí en su cara. Sólo recibiré **recados de otro mundo**, si algún Espíritu me enseña el mejor modo de evitar tramposos que no pagan.

14 – 9 – 66 – Embargué a Joao Serra en novecientos mil... Siempre la misma historia... Enfermedad y enfermedad... Nada tengo que ver con eso...

20 – 10 – 66 – Llamada telefónica de Juca. Quiere visitarme con el médium de los avisos y de las caridades... Respondí que no puedo recibirlos ahora, por estar comprometido en un viaje a Sao Paulo... Ya sé lo que buscan...

20 – 11 – 66 – He estudiado con mi administrador la mejor manera de forzar a mis deudores a pagar los terrenos que vendí sin mayores garantías. Comenzaré mis negocios del próximo año, con una nueva orientación. He sido un idiota. Pierdo las mejores ganancias por exceso de tolerancia. La obligación de quien debe es pagar.

29 – 12 – 66 - A pesar de la lucha, supongo que podré seguir el mes próximo hacia Sao Paulo, a fin de colocar algún dinero a intereses más altos, con amigos industriales... Juca me buscó cuatro veces, en las vísperas de Navidad, diciendo a la empleada que era portador de mensajes de mi madre... Ya

sé...Quería dinero para donativos a desocupados y vagabundos. Nada de eso...
Lo que es mío, es mío...

.....

Aquí terminaban las anotaciones que leí, conmovido.

En seguida, sumergimos en la corriente espesa del río en asombrosa
crecida. Preso al barro viscoso del fondo, estaba el cadáver deforme de Joaquim
Nonato y, a pocos metros, vimos la libreta de él, comenzando a perder
irremediabilmente en el fango el valioso contenido de veintidós millones...

CERCA DE DIOS

Entre el alma, lista para reencarnar en la Tierra, y el Mensajero Divino se entabló un expresivo diálogo:

- Ángel bueno – dijo ella -, ya hice numerosos viajes al mundo. Me cansé de placeres envenenados y posesiones inútiles... Si puedo pedir algo, desearía ahora colocarme en servicio, cerca de Dios, aunque deba hallarme entre los hombres...

-¿Sabes efectivamente a qué aspiras? ¿Qué responsabilidad buscas? - replicó el interpelado. –Cuando fallan aquellos que sirven a la vida, cerca de Dios, la obra de la vida, en torno de ellos, es perturbada en los más íntimos mecanismos.

- ¡Por misericordia, ángel amigo! Me darás instrucciones...

- ¿Conseguirás aceptarlas?

- Así espero, con el amparo del Señor.

- El cielo, entonces, te concederá lo que solicitas.

- ¿Puedo informarme en cuanto al trabajo que me aguarda?

- Porque estarás más cerca de Dios, mientras estés entre los hombres, recogerás de los hombres el tratamiento que ellos habitualmente dan a Dios...

- ¿Cómo así?

- Amarás con todas las fibras de tu espíritu, pero nadie conocerá, ni te valorizará las reservas de ternura!...Vivirás bendiciendo y sirviendo, como si cargases en el propio pecho la suprema felicidad y la desesperación suprema. Nunca te hartarás de dar y los que te rodeen jamás se hartarán de exigir...

-¿Qué más?

- Te daré en el mundo un nombre bendito, como se hace con el Padre Celestial; con todo, como se hace igualmente hasta hoy en la Tierra con el Todo-Misericordioso, se reclamará todo de ti, sin que se te dé cosa alguna. Aunque detentando el derecho de brillar a la luz del primer lugar en las asambleas humanas, estarás en la sombra del último... Nutrirás a las criaturas queridas con la esencia de la propia sangre; entre tanto, serás apartada generalmente de todas ellas, como si el mundo se esmerase en apuñalarte el corazón. Muchas veces, serás obligada a sonreír, mordiendo tus propias lágrimas, y conocerás la verdad con la obligación de respetar la mentira... Aunque vengas a residir en el regocijo oculto de tu vecindad con Dios, respirarás en el fuego invisible del sufrimiento!...

- ¿Qué más?

- Adornarás a las otras criaturas para que brillen en los salones de belleza o en los torneos de la inteligencia; entre tanto, muy raras te guardarán en la memoria, cuando sean elevadas a los honores del poder o al delirio de la

fama. Producirás el encanto de la paz; todavía, cuando los hombres se inclinen a la guerra, serás impotente para quitarles el impulso homicida... Por eso mismo, en vano llorarás cuando se decidan al exterminio unos de los otros, toda vez que te hallarás cerca del Todo-Sabio y, por lo tanto, el Todo-Sabio es el Gran Anónimo, entre los pueblos de la Tierra...

-¿Qué más?

- Todas las profesiones del planeta son honradas con el salario correspondiente a las tareas ejecutadas, pero tu oficio, porque estés en más íntima asociación con el Eterno y para que no comprometas la obra de la Divina Providencia, no tendrá compensaciones monetarias. Otros sembradores de la Viña Terrestre serán beneficiados con la determinación de horarios especiales; con todo, ya que el Supremo Padre sirve día y noche, no dispondrás de ocasiones para descanso seguro, porque el amor te colocará en constante vigilia!... No medirás sacrificios para auxiliar, con absoluto olvido de ti; mientras tanto, verás tu cariño y abnegación difamados, casi siempre, como fanatismo y locura... Celarás por los otros, pero los otros muy difícilmente se acordarán de cuidar por ti... Harás el pan de los entes amados... En la mayoría de las circunstancias, sin embargo, serás la última persona en servirse de los restos de la mesa, y, cuando el reposo gratifique a aquellos que te consuman las horas, velarás, noche adentro, solita y olvidada, entre la oración y la aflicción... Espiritualmente, vivirás más cerca de Dios, y, en razón de eso, tendrás el deber de actuar con el ilimitado amor con que Dios ama...

-Ángel bueno – dijo el Alma, en llanto de emoción y esperanza-, ¿qué misión es esa?

El Emisario Divino le dirigió una profunda mirada y respondió en un gesto de bendición:

- Serás Madre!...

EL GUÍA

Necesitando mejorar conocimientos de orientación, acompañé un día de servicio al guardián Aurelino Piva, Espíritu amigo que desempeña la función de guía común de la señora Sinesia Camerino, dama culta y distinguida, domiciliada en elegante sector del mundo paulista.

Me cabía aprender cómo ayudar a alguien, individualmente, en la posición de desencarnado. Auxiliar en esfuerzo anónimo, ejercer el amor silencioso y desconocido.

Llegué temprano a la residencia, cuyo pequeño jardín la primavera hermozeaba. A las cuatro de la mañana, justamente cuando Aurelino preparaba las fuerzas de su protegida para el día naciente. Trabajo de humildad y devota dedicación.

En la víspera, Doña Sinesia no estuvo tan sobria al comer. Se excediera en manjares y licores, pero el amigo espiritual se erguía en piadoso centinela y, antes que la señora reabriese los ojos en el cuerpo, le aplicaba pases de reajuste.

- Es preciso que nuestra hermana despierte tan sana como sea posible – me explicó.

Y sonriendo:

- Un día tranquilo en el cuerpo físico es una bendición que debemos enriquecer de armonía y esperanza.

Después de la complicada operación magnética, observé que la tutelada se disponía a movilizarse, y esperé.

Las seis de la mañana.

Aurelino formuló una oración, regando al Señor le bendijera la nueva oportunidad de trabajo y tuve la idea de volver a escuchar sus palabras confortadoras: “un día tranquilo en el cuerpo físico es una bendición...”

La señora despertó y el benefactor espiritual se apostó al lado de ella, a manera de un padre amoroso, hablándole de los recursos inmensos de la vida que palpitaban allá afuera, como buscándole el corazón para el servicio con alegría. Doña Sinesia oía en pensamiento y, como si dialogase consigo misma, rechazaba el mensaje de optimismo, y respondió a las benéficas sugerencias murmurando: “día aborrecido, tiempo sin gracia...”. En eso dos pequeños pelearon, allá adentro, con la empleada. Discusión de familia. Doña Sinesia no se metió. Sabía que los dos hijos mañosos nada querían con el estudio, ni soportaban cualquier disciplina, mas no dio bola. Aurelino, sin embargo, corrió a la COPA (EN PORTUGUÉS TAMBIÉN ES: SALA DE VAJILLAS) y yo lo acompañé. El amigo desencarnado apaciguó a los niños y calmó a costa de llamados edificantes. Ayudó a los pequeños a encontrar los cuadernos de

ejercicios escolares que habían perdido y los acompañó hasta el ómnibus. De vuelta al interior doméstico, llegó para amparar al esposo de Doña Sinesia, a quien dejara en el cuarto con un gran acceso de tos. Vieja bronquitis. Un guardián espiritual, ligado a él, lo auxiliaba, presto; entre tanto, Aurelino pensó en la tranquilidad de su protegida y se entregó a la tarea de atención socorrista. Pases, soplos. El jefe de familia estaba nervioso, abatido. Aurelino no reposó hasta que le vio el espíritu calmado, delante de la empleada, a quien auxilió de nuevo, a fin de que el café con leche fuera servido con cariño y limpieza. Poco después, ingresó al gran aposento, en que iniciáramos la tarea, rogando a Doña Sinesia viniese a la sala a bendecir al marido con una sonrisa de confianza. La dama escuchó la invitación suplicante, a través de la intuición, pero quedó absolutamente detenida bajo las sábanas, y, oyendo al esposo toser, en la salida, comentó íntimamente: “no voy con el asma, estoy harta”.

Las siete horas. Aurelino apresuró el paso a fin de sostener al señor Camerino, en la travesía de la calle. Me explicó que Doña Sinesia necesitaba de paz y, en razón de eso, debía ayudar al marido con las mejores posibilidades de que disponía. Y, atento, le dio a él, en la espera de la conducción, ideas de tolerancia y de caridad, buen ánimo y fe viva para comprender sus dificultades de contador en la firma donde trabajaba.

Regresamos a casa. Doña Sinesia en descanso. Se levantó a las ocho horas. Aurelino le sugirió la idea de beber agua pura y me informó que se esmeraba en protegerla contra intoxicaciones. Magnetizó el simple líquido, dotándolo de cualidades terapéuticas especiales y... continuaron servicios y preocupaciones. Trabajo de protección para con Doña Sinesia, en múltiples circunstancias pequeñas susceptibles de generar grandes males; apoyo a la empleada de Doña Sinesia, para que no fallasen menudencias en la armonía del hogar; remoción de obstáculos a fin de que los contratiempos no viniesen a perturbar la calma de Doña Sinesia; socorro incesante a los niños de Doña Sinesia, al retornar de la escuela; cooperación indirecta para que Doña Sinesia escogiese los platos capaces de asegurarle la necesaria euforia orgánica; inspiraciones adecuadas de modo que Doña Sinesia encontrase buenas lecturas; amparo constante al señor Camerino, tanto como fuera posible, a fin de que Doña Sinesia no se afligiese...

En fin, Doña Sinesia, sin la obligación de ser agradecida, ya que no identificaba los beneficios continuos que recibía, tuvo un día admirable, mientras Aurelino y yo estábamos realmente fatigados, no obstante nuestra condición de espíritus sin cuerpo físico.

En la noche, sin embargo, justamente cuando Aurelino se sentó a mi lado, para conversar un poco, Doña Sinesia, desatenta, hirió el pulgar de la mano izquierda con la aguja que manipulaba para arreglar un vestido.

Bastó eso y la señora se desbandó en gritos: -¡Oh, mi Dios! mi Dios!... nadie me ayuda! Vivo solita, desamparada...No hay mujer más infeliz que yo!...

Positivamente asombrado, espíe a Aurelino, que se mantenía imperturbable, y observé:

-¿Qué reacción es ésta, mi amigo? Doña Sinesia recogió socorro y bendiciones durante el día entero!... ¿cómo justificar este ataque de cólera por una picada sin ninguna importancia?!...

Aurelino, entre tanto, sonrió y habló paciente:

- Cállese, querido mío. Ayudemos a nuestra hermana a reequilibrarse. Esta irritación no ha de ser nada. Ella también, más tarde, va a desencarnar como nosotros, y será guía...

EL COMPROMISO

Llamados al concurso fraterno, en auxilio de un pequeño grupo familiar, fustigado por un doloroso caso de obsesión, instructores amigos nos indicaron a alguien en el plano físico, que podría colaborar con nosotros. Alberto Nogueira, la persona segura. Médiun que reencarnara, treinta y seis años antes, bajo el amparo del núcleo espiritual del que partiría nuestra expedición socorrista.

Tratándose de un compañero que aún no conocíamos, en sentido directo, mi amigo Saturnino y yo, atendiendo la recomendación de otros compañeros, fuimos a revisar su ficha, o mejor, el proceso que le diera origen a la existencia actual, con tarea mediumnica de por medio.

Absortos en la consulta, leemos conmovidamente la súplica del propio Alberto, antes del renacimiento, allí en las primeras hojas de la curiosa documentación:

Señor Jesús!

Conozco mi posición de Espíritu delincuente y, por eso, pido vuestro permiso para volver a la arena terrestre, de manera de reparar mis faltas. Pequé contra las leyes de Dios, oh! Divino Tutor de nuestras almas, y fomenté intrigas en las cuales, a mi mando, perecieron decenas de criaturas. Destruí hogares, abusando de la autoridad de que me revestí con actos de rapiña, y pervertí la inteligencia, patrocinando el hurto y el crimen, esparciendo el hambre y el sufrimiento, entre mis hermanos de la Humanidad! Concededme la vuelta al cuerpo terrestre, con los necesarios recursos de la prueba depuradora! Quiero que la lepra me desfigure, a fin de que pague con lágrimas constantes las heridas que abrí en los corazones indefensos! Quiero padecer el abandono de los seres más queridos, para que yo pueda aprender cuánto duele la deserción de los compromisos abrazados. Ruego, Señor, si tanto fuera preciso, que pase yo por la extrema penuria, mendigando el pan que me alimente y el vestido que cubra las heridas que merezco! Si juzgáis más conveniente para mi purificación, dadme la locura o la ceguera para que pueda yo expiar mis faltas, sea en las angustias del hospicio, o en las meditaciones agónicas de las sombras!... Comprendo la extensión de mis deudas, y, si consideráis que debo apagarme en un cerebro incapaz o retardado, hacedme esa concesión! Sea a través de calvarios morales o por los más detestados tormentos físicos, váleme, Señor, y dame un nuevo cuerpo en la Tierra. Quiero llorar, lavando con lágrimas de fuego las manchas de mi pasado y exponerme a las más duras humillaciones a fin de regenerar mi vida! Señor, concédeme las aflicciones de las que me veo necesitado y anula en mí cualquier posibilidad de reacción! Hacedme padecer, pero hacedme vivir

nuevamente entre los hombres! Quiero corregirme, recomenzar! Bendito sea vuestro nombre, Señor! Bendita vuestra mano que me salva y guía!

Por debajo del requerimiento conmovedor, venía la firma de aquel que adoptaba ahora en el mundo, la personalidad de Alberto Nogueira y, poco después, se leía el magnánimo despacho de la autoridad superior que determinaba, en nombre del Cristo de Dios:

El Señor pide misericordia, no sacrificio. El interesado rescatará sus propios débitos, en una vida normal, con las tareas naturales de un hogar humano y de una familia, en cuyo seno encontrará los contratiempos justos y educativos para cualquier criatura con necesidades de reequilibrio y mejoramiento, mas, por merced del Señor, será médium espírita, con la obligación de dar, por lo menos, ocho horas de servicio gratuito por semana, a favor de los hermanos necesitados de la Tierra, consolándolos e instruyéndolos, en la condición de instrumento de los Buenos Espíritus que trabajan la transformación del mundo, en nombre de Nuestro Señor Jesús-Cristo. De ese modo, asumirá compromiso a los treinta años de edad, en la existencia próxima, y practicará la mediumnidad con el Evangelio de Jesús, hasta los sesenta, cuando se le cerrarán las oportunidades de trabajo y elevación, rescatando, así, en actividad de amor, las deudas que tendría fatalmente que pagar a través del sufrimiento. Alabado sea el Señor!

Delante de páginas tan expresivas, con seguridad Saturnino y yo no necesitaríamos extender anotaciones.

Partimos, en busca del sembrador del bien, con escala en la morada que la obsesión atormentaba.

Ingresando a la ciudad en que nos ubicaría el servicio programado y alcanzando la casa en que deberíamos trabajar, vimos, luego, una joven vampirizada por un infeliz hermano, desde mucho tiempo habituado a la perturbación en el reino de las sombras.

Era imprescindible socorrer a la pequeña ingenua, alertar su mente, sacudirle las fuerzas profundas del alma, con informaciones e instrucciones susceptibles de liberarla. Nada de perder tiempo.

Después de una oración, conseguimos influenciar a la progenitora de la enferma, colocándola, con la hija obsesionada en camino del templo espírita cristiano, donde Alberto Nogueira estaría de servicio, en la evangelización de la noche, según los avisos recogidos por nosotros en la Esfera Superior.

Entre aflicción y desasosiego, no lo encontramos en el lugar indicado.

Formulando indagaciones, por vía telepática, al simpático dirigente de la casa, nos aclaró él, en pensamiento, que el referido amigo había abandonado la puntualidad y aparecía raramente.

Surgió el impasse, ya que, para auxiliar, en el momento, necesitábamos a Alberto.

Provistos de las informaciones necesarias, logramos ubicar, nuevamente, a la madre y a la hija con nosotros, en busca de él.

Veinte horas y veinte minutos. Lo encontramos en un bonito balcón, leyendo un diario del día, en larga estirada.

Inspirada por nosotros, la desvalida señora le solicitó su colaboración mediúmnica en socorro a la enferma. Se humilló, rogó, lloró, pero Nogueira respondió, inflexible:

- No, señora, no le puedo ser útil. Realmente, por dos largos años serví en la condición de médium, en las obras de caridad. Finalmente enfermé... Además, no sé si enfermé o me cansé. La señora sabe. Un hombre que es padre de familia, como yo, con deberes enormes que cumplir, tiene que velar por su propia salud... Necesito defenderme...

Y porque la infortunada madre insistiese, atendiéndonos los ruegos, remató con una nota humorística:

- La única criatura que trabaja, dando de sí sin pensar en sí, que yo sepa hasta ahora, es solamente el burro.

Salimos como entramos, cargando el mismo problema, la misma inquietud.

Aquel espíritu valeroso que pidiera lepra, ceguera, locura, idiotez, fuego, lágrimas, penuria y abandono, a fin de aliviar la propia conciencia, en el plano físico, después de acomodarse en las concesiones del Señor, se había olvidado de todas las necesidades que caracterizaban su obra de reajuste y prefería la ociosidad, acomodado en su pijama, con miedo de trabajar.

EL MALHECHOR

Una vez terminada la tarea de evangelización en el templo espírita, al que prestábamos concurso fraterno, acompañé a Anisio Terra, amigo espiritual de mucho tiempo, que me dijera estar encargado por algunos instructores de socorrer a un joven obsesionado, amenazado de colapso nervioso en aquella misma noche. Por espíritu de aprendizaje, me dispuse a seguir al compañero que se situara muy cerca de dos caballeros bien puestos, distinguidos hermanos encarnados, que Terra me señaló con los nombres de Noroña y Silva, conocidos de él y frecuentadores de la casa.

Atento al hábito de cooperar sin preguntar, me acomodé, al lado de Anisio, en el ómnibus que llevaba a los dos señores, que pasaron a entretener un curioso diálogo.

- Crea que quedé emocionado con la lección evangélica de hoy. Hace mucho tiempo no oigo a un orador emitiendo conceptos tan felices en torno a la caridad – dijo Noroña, conmovido.

- Sin duda... - respondió Silva, reservado.

- ¿No encuentra usted que los Buenos Espíritus nos hablaron por él, induciéndonos a la piedad?

- ¿Qué quiere decir con eso? – dijo el otro en tono de burla.

- Nuestro plan para esta noche...

- Será cumplido.

- Pero, usted comprende... Existen muchos caminos para la corrección de alguien, sin violencia, sin escándalo.

- Ahora con eso! Usted está con un malhechor dentro de casa, como todo indica, entre los propios empleados, ¿y desiste de poner la cosa en platos limpios?!...

- Sí, sí... Es necesario pensar. Provoqué el viaje de mi mujer, di feriado a los cuatro, comunicándoles que me ausentaría para encontrarme con ella, a partir de hoy, en la convicción que el autor del hurto, del mes pasado, venga a surgir ahora, ya que guardamos silencio y procuramos salir de nuevo, pero, después de oír la enseñanza evangélica...

- ¿Qué es esto, hombre de Dios? El evangelio no aplaude tremendos robos.

- Pero nos llama a la caridad de unos con otros.

- ¿Y la cárcel no es caridad para el delincuente?

- Oh! Silva, no diga eso!... Por amor de Dios!...

- Usted no retrocederá. Soy yo quien no lo deja.

- ¿No será mejor esperar a la infeliz criatura con la palabra del Evangelio? Si oramos, pidiendo la ayuda de nuestros guías, no será más justo que solicitar la intervención de la policía?

- No, no me venga con esas! Usted es mi cuñado y los valores de mi hermana que desaparecieron son bienes de familia. Asumo la responsabilidad. Defenderé a ustedes dos y no retrocedo en lo que fue resuelto. Y, consultando el reloj, Silva añadió: - Son más de las diez horas. Entramos en la oscuridad, quedaremos en el cuarto contiguo a la alcoba del cofre y, si el ladrón o la ladrona aparecen, permitiremos que comience a revisar los guardados y, una vez que el villano o la bruja se concentren en la búsqueda, trancaremos la puerta, por fuera, y, en seguida, mi caro, seguirán el teléfono y la radio-patrulla.

- Pero, Silva...

- Nada de escapatoria... Malhechores no entienden de consejos, ni de oraciones, son gentes criadas como las bestias del campo, abandonadas a los propios instintos... Y hombre o mujer que crecen al sabor de las propias tendencias son, casi siempre, delincuentes natos...

- Silva, el corazón me duele...

- No hay razón para eso. Todo hace creer que el ladrón estará entre sus cuatro empleados; precisamos averiguar quién es el culpable y la policía hace eso muy bien, sin que necesitemos castigar a alguien con nuestras propias manos.

- Pienso que deberíamos ser más humanos...

- No pierda tiempo, la filosofía tiene su lugar propio.

En ese punto de la conversación, se efectuó el descenso. Ambos interlocutores se apearon del ómnibus y enrumbaron hacia la gran residencia de los Noroña, mientras nosotros nos pusimos a seguirlos de cerca.

Entraron disimuladamente, atravesando el silencio y la sombra, y se colocaron a la espera, en un aposento espacioso, vecino de la cámara estrecha, en que naturalmente se localizaría el cofre de la familia.

Dos horas de expectativa pasaron lentas, goteando laboriosamente los minutos.

Algún tiempo después de las cero horas, alguien ingresó a la casa... Paso a paso, atravesó dos salones y, como quien conocía todos los ángulos del largo domicilio, se encaminó hacia la alcoba indicada.

Unos instantes más de impaciencia y, a la manera de gatos saltando sobre su objetivo después de largo tiempo en la mira, Silva y Noroña cerraron la puerta, por el lado externo, mientras el intruso pasó a gritar dolorosamente.

Se hizo el tumulto. Los dos amigos corrieron de un lado para el otro. Encender de luces, llamada por teléfono, pidiendo de urgencia a radio-patrulla. Nada de atención para con la voz angustiada, suplicando socorro.

Noroña, sensible, se mostraba abatido, al paso que Silva, en agitación, salió a la puerta de entrada, rogando la colaboración de los vecinos, preparando espectacularmente la recepción de las autoridades.

Terra, muy sereno, me recomendó sostener las fuerzas de Noroña, mientras se dirigía a la alcoba, a fin de socorrer al prisionero, en acerba gritería.

Pocos minutos y la sirena policial anunció la llegada de la misión castigadora.

Silva proponía providencias y explicaba pormenores, transeúntes detenidos para la cooperación de emergencia, rozándose con los guardias, oían, curiosos.

Con las armas en la mano y con avisos previos al malhechor para que no resistiese, fue abierta la puerta y un joven de unos veintidós años apareció en lágrimas. Viendo a Silva, se le arrojó en los brazos, clamando desesperadamente:

- ¡Socorro!... ¡Socorro, padre mío!...

Silva bajó la cabeza, avergonzado. Se encontraba ahí su propio hijo.

UNA NOTA EN LA SESIÓN

Cuando Anastasio, el director de la reunión mediúmnica, encaminaba las tareas de la noche para la fase final, se comunicó el Hermano Silverio para las instrucciones de costumbre.

Aclaración va, explicación viene, y Anastasio, el adoctrinador reveló una curiosa pregunta al amigo desencarnado:

- Hermano Silverio, con el debido respeto, deseábamos recoger su opinión en torno del grave asunto que admitimos sea problema no sólo para nosotros, en esta casa, sino para la mayoría de los grupos semejantes al nuestro...

- Diga qué es lo que hay...

Nos referimos a los mediums, después de iniciados en la tarea espírita. ¿Por qué tanta dificultad para mantenerlos en acción? ¿Cuántas veces hemos visto compañeros de excelente comienzo, y otros, así mismo con el merecimiento de obras consolidadas, abandonar el servicio, de un momento a otro?!... Unos fueron curados de aflictivas obsesiones, otros abrazaron el apostolado, en la plenitud de la madurez de su raciocinio... Abrazan benditas responsabilidades, con el corazón jubiloso, y empiezan a trabajar, con coraje y felices... Surge, sin embargo, un día en que todo o casi todo dejan de lado, de repente, en lo que se refiere a actividades mediúmnicas, aunque sigan acreedores de nuestra mayor consideración por la vida respetable y digna de que dan testimonio, sea en el hogar o en la profesión. ¿Cómo explicar semejante fenómeno?

El mensajero anotó, a través del médium:

-Mi hermano, estamos en combate espiritual, el combate de la luz contra las tinieblas. Muchos de nuestros aliados sufren una pesada ofensiva por parte de las fuerzas que nos son contrarias, y es razonable que dejen la posición, cuando ya no soporten más el asedio... Somos, entonces, obligados a comprenderlos y a favorecerles la retirada, aunque valoricemos su colaboración, con nuestras mejores reservas afectivas.

- Sí, entiendo – acentuó el inquieto compañero del plano físico-, entiendo que los agentes de la sombra nos espían y nos hostilizan, en el intento de arrasarnos... Pero, ¿por qué esa persecución? ¿No estamos nosotros del lado de la luz? ¿No estamos llamados a confiar en Dios? ¿Acaso, no nos hallamos vinculados a los principios del Bien Eterno? ¿No nos situamos, por ventura, bajo la vigilancia de nuestros Instructores de la Vida Más Alta?

El Espíritu amigo sonrió y replicó, paciente:

- Anastasio, la noche anterior estuve en socorro a las víctimas de algunos malhechores encarnados, en una casa de entretenimientos públicos. Nuestros infelices hermanos, para atender a los bajos intentos de que se veían poseídos, se

fijaron, ante todo, en el propósito de apagar la luz del recinto, a fin de trabajar bajo régimen de perturbación, en el clima de las tinieblas. Avanzaron hacia las lámparas vigorosas que alumbraban la casa y, luego, les inutilizaron la capacidad de servicio, alborotando aquel ambiente. Después de dar mucho trabajo a los policías, éstos, finalmente, restablecieron la normalidad. Como usted puede apreciar, el apoyo eléctrico no se modificó en la retaguardia, sin impedir que las lámparas fuesen sustituidas para que se recuperase la iluminación. Así también, querido mío, en nuestras realizaciones espíritas. Los elementos de la sombra, interesados en vampirizar a la Humanidad, observan, sobre todo, a anular a los mediums que iluminan y, notablemente, a los de mayor responsabilidad, de manera que puedan dominar con los designios inferiores que caracterizan sus lamentables disputas. Después de formar el tumulto y la oscuridad del espíritu, reclaman gran esfuerzo de los emisarios de Jesús para que la armonía se rehaga en el servicio regular de nuestra Doctrina Renovadora. A pesar de todo eso, sin embargo, es preciso reconocer que el orden se restablece siempre para la victoria del bien de todos. ¿Entiende usted?

- Sí... -dijo con discreción el adoctrinador, y sostuvo: - mas, ¿qué hacer para mejorar la situación?

Y el Hermano Silverio concluyó con serenidad y optimismo:

- Paciencia y servicio, querido mío, paciencia y servicio, cada vez más. Así como, en cualquier desastre de la iluminación común, la usina, los técnicos y la electricidad prosiguen inalterables, también en los accidentes del intercambio espiritual, Dios, los Buenos Espíritus y las Leyes Divinas son invariablemente los mismos... En cuanto a las lámparas, es imperioso sustituirlas, toda vez que no se ajusten más a la carga de fuerza, hasta que el progreso nos ofrezca material de valor fijo... ¿Comprendió?

Anastasio sonrió a su vez, demostrando haber comprendido, y cerró la sesión.

LA LEYENDA DEL NIÑO

Dicen que el Supremo Señor, después de ubicar en la Tierra a los primeros hombres, dividiéndolos en razas diversas, esperó, años y años, por la adhesión de aquellos al Bien Eterno. Creando a todos para la libertad, aguardó pacientemente que cada uno construyera su propio mundo de sabiduría y felicidad. En vista de eso, con sorpresa, comenzó a oír del Planeta Terrestre, en lugar de alabanzas y gratitud, únicamente desesperación y lágrimas, blasfemias e imprecaciones, hasta que, un día, los más instruidos, amparados en la distinción de Embajadores Angélicos, se elevaron hasta Dios, a fin de suplicar providencias especiales. E, inclinados delante del Todo Poderoso, rogaron cada cual a su vez:

- Padre, ten misericordia de nosotros!... Repartimos la tierra, pero no nos entendemos... Todos reprobamos el egoísmo; entre tanto, la ambición nos enloquece y, uno por uno, aspiramos a obtener la mayor parte!...

- ¡Oh Señor! ... ¡Auxílianos!... Nos diste la autonomía; con todo, ¿de qué modo manejarla con seguridad? Nos instituiste códigos de amparo mutuo, entre tanto, ¡ay de nosotros!... Caemos, a cada paso, por los abusos de nuestras prerrogativas!...

- Santo de los Santos, socórrenos por piedad!... Nos concediste la paz y nos hostilizamos unos a otros. Nos reuniste debajo del mismo Sol!... nosotros, sin embargo, desastradamente, en nuestros desvaríos, en la conquista de dominio, inventamos la guerra... Nos herimos y nos ensangrentamos, a modo de las fieras del campo, como si no tuviésemos, dada por ti, la luz de la razón!...

- Padre Amantísimo, nos enriqueciste con los preceptos de la justicia; todavía, en la disputa de posiciones indebidas, estudiamos los mejores medios para engañarnos recíprocamente, y, muchas veces, convertimos nuestras relaciones en trampas en las cuales los más astutos convierten a los más sencillos en víctimas de alucinantes pasiones... Ayúdanos a liberarnos del mal!..

- Oh Dios de Infinita Bondad, intervén a nuestro favor! Nos inflamaste los corazones con la llama del genio, pero habitualmente nos resbalamos hacia los despeñaderos del vicio... En muchas ocasiones, nos valemos del raciocinio y de la emoción para sugerir la delincuencia o envenenarnos en el desperdicio de las fuerzas, deslizándonos hacia las tinieblas de la enfermedad y de la muerte!...

Se cuenta que el Todo-Misericordioso contempló a los habitantes de la Tierra, con inmensa tristeza, y exclamó, amorosamente:

- ¡Ah! Mis hijos...mis hijos!... A pesar de todo, yo os creé libres y libres seréis para siempre, porque, en ningún lugar del Universo, aprobaré principios de esclavitud!...

- Oh Señor! – sollozaron los hombres -, compadécete entonces de nosotros y renuévanos el futuro!... Queremos acertar, queremos ser buenos!...

El Todo-Sabiduría meditó, meditó...

Después de algunos minutos, habló conmovido:

- No puedo modificar las Leyes Eternas. Os di el Orbe Terreno y sois independientes para establecer en él las bases de vuestra ascensión hacia los Planos Superiores. Tendréis, constantemente y sea donde fuera, lo que hicierais, en función de vuestro libre albedrío!... Os concederé, sin embargo, un tesoro de vida y renovación, en el cual, si quisierais, conseguiréis engrandecer el progreso y brillantar el Planeta... En ese cofre de inteligencia y de amor, dispondréis de todos los recursos para solidificar la fraternidad, dignificar la ciencia, edificar el bien común y elevar el derecho... De un modo o de otro, todos tendréis, en adelante, ese tesoro vivo, a vuestro lado, en cualquier parte de la Tierra, a fin de que podáis perfeccionar el mundo y santificar el porvenir!...

Dicho esto, el Señor Supremo entró en los Tabernáculos Eternos y volvió de allá trayendo un ser pequeñito en los brazos paternos...

En ese agosto momento, los atormentados hijos de la Tierra recibieron de Dios al primer niño.

JESÚS Y SIMÓN

Se retiraba Jesús del hogar de Jeroboam, hijo de Acaz, en Corazim, para atender un pedido de ayuda en una casa próxima, cuando cuatro viejos publicanos aparecieron, de repente, buscando su palabra reconfortante.

Habían recibido las noticias del Evangelio del Reino, tenían hambre de esclarecimiento y tranquilidad, suplicaban palabras que los auxiliaran en la adquisición de paz y esperanza.

El Maestro contempló los vestidos distinguidos y los rostros acentuados de honda inquietud, y se compadeció.

Instado, sin embargo, por mensajeros que requerían su presencia en la cabecera de alguien a quien se aproximaba la muerte, el Excelso Benefactor llamó a Simón Pedro y le pidió, ante los amigos consultantes:

- Pedro, nuestros amigos llegan en busca de renovación y afecto... Ruego seas, junto a ellos, el portador del bien Eterno!... Ampáralos con la verdad, prosigamos en nuestra tarea de amor...

El apóstol deslizó la mirada por los circunstantes y, tan luego se vio a solas con ellos, se hizo aparte e insistente, esperando que se manifestaran.

Fue Eliúde, el joyero y mayor de los cuatro, quien se levantó y solicitó con modestia:

- Discípulo del Señor, oímos la Nueva Revelación y tenemos el espíritu repleto de júbilo!... Comprendemos que el Mesías Nazareno viene de parte del Todo-Poderoso a arrancarnos de las sombras para la luz, de la muerte para la vida... ¿Qué instrucciones y bendiciones nos das, ¡oh dilecto compañero de las Buenas Nuevas?! Tenemos sed del Reino de Dios que el Maestro anuncia! Acláranos la inteligencia, guía nuestro corazón hacia los caminos que debemos transitar!...

Simón, con todo, de mirada fulgurante, como si fuera un austero celador de las conciencias ajenas, blandió violentamente el puño cerrado sobre la mesa, y habló, áspero:

- Os conozco a todos, ¡oh víboras de Corazim!...

Y, apuntando el dedo en dirección a Eliúde, aquel mismo que tomara la iniciativa del entendimiento, lo acusó, severamente :

- ¿Qué pretendes aquí, ladrón de las viudas y de los huérfanos? Sé que juntaste inmensa fortuna a costa de aflicciones ajenas. Tus piedras, tus collares, tus anillos!...¿qué son ellos sino las lágrimas cristalizadas de tus víctimas? ¿Cómo consigues pronunciar el nombre de Dios?...

Volteándose hacia el segundo, en la escala de edades, bramó:

- Tú, Moab? ¿A qué viniste? Ignoras, por ventura, que no te conozco la miseria moral? ¿Cómo te atreviste a venir hasta aquí después de extorsionar a los dos hermanos, de quienes hurtaste los bienes dejados por su padre? Olvidas de que uno de ellos murió consumido por las penurias y de que el otro enloqueció por tu causa, sin ningún recurso para su propia manutención?

En seguida, se dirigió al tercero de los circunstantes:

- ¿Qué buscas, Zacarías? ¿No te avergüenzas de haber provocado la muerte de Zorobabel, el zapatero, comprándole las deudas y atormentándolo, a través de execrables cobranzas, con la sola intención de quitarle la mujer? Ya tienes el fruto de tu cacería. Aniquilaste a un hombre y tomaste su viuda... ¿Qué más quieres, infeliz?

Y, volviéndose hacia el último, gritó:

- ¿Qué te puedo decir, Ananías? Hace muchos años, sé que haces el comercio del hambre, haciendo que las hortalizas y la leche suban constantemente de precio, en gratificación de tu codicia... Jamás te incomodaste con los desventurados niños de tu barrio, que padecen en la indigencia, en espera de tu caridad, que nunca apareció!...

Simón alzó los brazos hacia el techo, como quien se propone irradiar la propia indignación, y rugió:

Turba de ladrones, banda de malhechores!... El Reino de Dios no es para ustedes!...

En ese justo momento, Jesús reingresó en la sala, acompañado de algunos amigos, y, entendiendo lo que pasaba, contempló, enternecidamente, a los cuatro publicanos bañados en lágrimas, al mismo tiempo que se aproximó al pescador amigo, indagando:

- Pedro, ¿qué hiciste?

Simón, decepcionado, frente a aquellos ojos cuyo lenguaje mudo tan bien conocía, intentó justificarse:

- Señor, tú dijiste que yo debía amparar a estos hombres con la verdad...

- Sí, yo dije “amparar”, nunca te recomendaría aniquilar a alguien con ella...

Así diciendo, Jesús aceptó la invitación que Jeroboam le hacía para sentarse a la mesa y, sonriendo, insistió con Eliúde, Moab, Zacarías y Ananías para que compartiesen la cena.

Se organizó, luego, una bella reunión, en la cual el verbo se mostró reconfortante y ennoblecido.

Conversando, el Maestro exaltó a la Divina Providencia de tal modo y se refirió al Reino de Dios con tanta belleza, que todos los comensales guardaban la impresión de vivir en el futuro, en prodigiosa comunión de intereses e ideales.

Cuando los cuatro publicanos se despidieron, se sentían diferentes, transformados, felices...

Jesús y Simón se retiraron igualmente y, cuando se encontraron solitos, paso a paso, ante las estrellas de la noche calmada, el rudo pescador reprobó el

comportamiento del Divino Amigo, formulando preguntas, a través de largos razonamientos.

Si era necesario demostrar tanto cariño para con los malos, ¿cómo extender auxilio a los buenos? Si los hombres equivocados merecían tanto amor, ¿qué les correspondía hacer en beneficio de los hombres rectos?

El Cristo escuchó las observaciones en silencio y, cuando el aprendiz terminó las triviales reclamaciones, respondió en una frase breve:

- Pedro, yo no vine a la Tierra para curar a los sanos.

ENCUENTRO SINGULAR

- Escuche, Mozo... Si es verdad que el señor escribe para la Tierra, cuente mi caso, que puede ayudar a alguien...

La observación procedía de un rapaz desencarnado, en deplorable situación en un valle de suicidas.

Su cuerpo, que se hacía denso, pesado y oscuro, se retorció, como si estuviese fijado en una agitación permanente, y, en la garganta, se le veían enrojecidas heridas, aumentadas por cierto por los pensamientos de angustia repercutiéndole, constantes, en forma atormentada.

Percibí su condición de afligido y procuré colocarlo a voluntad:

- Hable, mi hermano, quiero oírlo y aprender.

Y el joven, desprendido de la envoltura física, se trastornó en agónicos recuerdos:

- ¿Sabe? Fui en el mundo una víctima de las copas... Todo comenzó en una fiesta... Me acuerdo... Una invitación inocente... Diversión... Un colega se acercó a mí con un frasco de bebida alcohólica... En seguida la intimidad amiga: un trago, sólo un trago... Rehusé... No tenía hábito... Alrededor de nosotros, la ronda alegre y expectante... “Entonces usted – se burló el compañero - , entonces usted es de los tales... Un marica... Hijito de mamá... ¿Qué hace usted con las calzas?...” Ignoraba que aceptar un desafío de esos era peligroso para mí... Los otros bebían y carcajeaban... Acabé aceptando... Engullí un trago, otro y otro más... Después la cabeza zonga y el placer eufórico... Al día siguiente, la necesidad de un aperitivo... Y de los aperitivos, pasé a la tomadera inveterada... Sastre bien pagado, en breve lapso comencé a deteriorarme en el servicio... Errores, faltas, borracheras, resacas... Terminadas las labores cotidianas, cambiaba el bar por el hogar... Y siempre el cuadro lastimero, noche a noche... Amigos sosteniéndome hasta la casa y, en la puerta, la cansada madrecita esperándome... Constantemente, la misma voz dulce, insistiendo y bendiciendo... “Hijo mío, no beba! No beba más!...” Mi reacción negativa nunca fallaba... Vociferaba, amenazaba, apretándole los brazos trémulos... La mañana inmediata, los remordimientos y las promesas de corrección y reajuste... Pero sobreviniendo la noche, sin embargo, nuevas borracheras y disparates... En varias ocasiones, al despertar, sorprendía platos y vasos quebrados y la información extraña de que yo era el culpable... Estuve en un pavoroso delirio, perpetrando desatinos y violencias... Me aborrecía, me arrepentía... Entre tanto, la sed de alcohol siempre más fuerte... Los sucesos infelices se sobreponían unos a otros, hasta que, un día, desperté en la cárcel... Oh! ¿Por qué? ¿Por qué la prisión? Me horrorizó la respuesta del guardia...” “Usted es un asesino”... ¿Yo? ¿Un asesino?... Y él: “sí, usted, “su

mareado”, usted mató”... Sollocé, aplastado de sufrimiento... El pecho parecía reventarme y grité: “mi Dios, mi Dios, ¿qué será de mi madre?!... Ahí, vino la revelación terrible: “fue ella misma a quien usted destruyó... su madre, su víctima”... No lo creí... Pedí pruebas... Llevado a la residencia bajo la custodia de algunos soldados, aún pude verla cadáver en la urna... Mostraba en la garganta las huellas de estrangulamiento... En torno de nosotros, los testigos... Los que me habían visto de cerca con los dedos clavados en la carne materna, en el momento de locura... Me arrodillé y grité inútilmente... Recogido a la cárcel, positivamente demente, aguardé hasta altas horas de la noche y, aprovechando algunas tiras del cobertor, me ahorqué... desde entonces, soy un trapo que vive, una llaga que piensa... El infeliz que el señor está viendo... ¡Ay de mí!... Si mi triste historia puede servir en beneficio de alguien, hable de ella a los otros, a los que se hallan en el camino terrestre, en el hoyo de la invigilancia o de la desesperación...

Anoté, allí mismo, el amargo episodio que describo en esta crónica y dejo el relato, con las propias palabras del desventurado protagonista, en nuestra presentación del asunto, para estudio y reflexión de los amigos reencarnados que por ventura nos lean.

Entre tanto, recordando mi propio escepticismo en el tiempo en el que permanecía en el enjundioso uniforme carnal, entre los hombres del plano físico, no estoy muy seguro de que alguien pueda realmente creer en nosotros.

MATERIALISMO Y ESPIRITISMO

Se cuenta que el Dr. Adolfo Becerra de Meneses orientaba, en Río, una reunión de estudios espíritas, con la palabra libre para todos los asistentes, cuando, después de diversos comentarios, preguntó si alguien más deseaba expresarse sobre los temas de la noche.

Fue entonces que un renombrado materialista, su amigo personal, le dirigió vehemente provocación:

- Becerra, continúo ateo y, no solamente por mis colegas sino también por mí, vengo a invitarlo a un debate público, a fin de probar lo inexpugnable del Materialismo contra las pretensiones del Espiritismo. Y prevengo a usted que el Materialismo ya levantó una extensa lista de mediums fraudulentos; de llamados sensitivos que reconocieron sus propios engaños y desertaron de las filas espiritistas; de los que tiraron a tiempo el supuesto desarrollo de las fuerzas psíquicas e hicieron declaraciones, en cuanto a las mentiras piadosas en las que se vieron envueltos; de los ilusionistas que operan en nombre de poderes imaginarios de la mente; y, con esa relación, presentaremos otro rol de nombres que el Materialismo ya reunió, los nombres de los experimentadores que demostraron la inexistencia de las comunicaciones con los muertos; de los sabios que no pudieron verificar las ficticias ocurrencias de la mediumnidad; de los observadores desencantados de cualquier testimonio de la sobrevivencia; y de los estudiosos sensualizados por una gran turba de maliciosos... Esperamos que usted y los espíritas acepten el reto.

Becerra se concentró en oración, algunos instantes, y, en seguida, respondió, aliando energía y dulzura:

- Aceptamos el desafío, pero traigan también al debate a aquellos que el Materialismo haya elevado moralmente en el mundo; los malhechores que él haya regenerado para la dignidad humana; los infelices a los que haya devuelto el ánimo de vivir, los enfermos del alma que hayan arrebatado a las fronteras de la locura; las víctimas de tentaciones escabrosas a las que hayan restituido la paz del corazón; las mujeres desafortunadas que habrá arrancado al desequilibrio; los hermanos desdichados a quien la muerte robó los seres más queridos, a cuyo sentimiento congelado en el dolor habrá extendido el calor de la esperanza; las viudas y los huérfanos, cuyas energías habrá reforzado para no desfallecer de la nostalgia, ante las cenizas de la tumba; los calumniados a los que habrá enseñado el perdón de las afrentas; los que fueron perjudicados por actos de salvajismo social enmascarados de legalidad, a quienes habrá proporcionado sustento para que olviden los ultrajes recibidos; los acusados injustamente, de cuyo espíritu rebelde habrá sustraído la hiel de la rebeldía, sustituyéndolo por el bálsamo de la tolerancia; los compañeros de la Humanidad que vinieron a la

cuna ciegos o mutilados, enfermos o paralíticos, a quienes habrá tranquilizado con principios de justicia, para que acepten pacíficamente la cuota de lágrimas que el mundo les reservó; los padres incomprensidos a quienes dio fuerza y comprensión para bendecir a los hijos ingratos y los hijos abandonados por aquellos mismos que les dieron la existencia, a los cuales auxilió para continuar honrando y amando a los padres insensibles que los lanzaron al desprecio, desvalidos; los tristes que hayan inmunizado contra el suicidio; los que fueron perseguidos sin causa aparente, cuyo llanto habrá enjugado en las largas noches de soledad y vigilia, apartándolos de la venganza y de la criminalidad; los caídos de todas las procedencias, a cuyo martirio haya ofrecido apoyo para que se levanten...

En ese punto de la respuesta, el viejo combatiente hizo una pausa, se limpió las lágrimas que le se deslizaban en su rostro y terminó:

- Ah! Mi amigo, mi amigo!... Si ustedes pudieran traer uno solo de los desventurados del mundo, a quien el Materialismo habrá dado socorro moral para que se libere de las cadenas del sufrimiento, nosotros, los espíritas, aceptaremos el reto.

Profundo silencio cayó en la pequeña asamblea, y, porque el autor de la propuesta bajase la cabeza, Becerra, en oración conmovedora, agradeció a Dios las bendiciones de la fe y cerró la sesión.

CRISTO Y VIDA

Amigo mío. Comprendiendo la importancia del Evangelio en la siembra espírita, usted pregunta:

- “Ya que los amigos espirituales no creen en la salvación por la fe sino por las obras, sin las cuales la fe se revestiría casi de ningún valor, díganos, Hermano X, sin muchas palabras, ¿qué significa la influencia de Jesús en el mundo?”

- Antes que nada, queremos afirmar que el Cristo de Dios, desde cualquier ángulo que sea visto, es y será siempre el Excelso Modelo de la Humanidad, pero, poco a poco, el hombre comprenderá que, si necesitamos de Jesús sentido y creído, no podemos dispensar de Jesús comprendido y aplicado. Y ya que usted nos pide una síntesis, le daré una serie de definiciones del Señor en la experiencia terrestre, recogida por nosotros en una clase rápida de un instructor de la Espiritualidad Mayor:

Cristo en la Existencia: Caridad.
 Cristo en el Hogar: Armonía.
 Cristo en el Templo: Discernimiento.
 Cristo en la Escuela: Educación.
 Cristo en la Palabra: Dulzura.
 Cristo en la Justicia: Misericordia.
 Cristo en la Inteligencia: Provecho.
 Cristo en el Estudio: Orientación.
 Cristo en el Sexo: Responsabilidad.
 Cristo en el Trabajo: Eficiencia.
 Cristo en la Profesión: Idoneidad.
 Cristo en la Alegría: Continencia.
 Cristo en el Dolor: Resignación.
 Cristo en las Relaciones: Solidaridad.
 Cristo en la Obligación: Diligencia.
 Cristo en el Cansancio: Restablecimiento.
 Cristo en el Reposo: Disciplina.
 Cristo en el Compromiso: Lealtad.
 Cristo en el Tiempo: Servicio.
 Cristo en la Muerte: Vida Eterna.

Aquí están los resultados de la presencia de Jesús en apenas algunos aspectos de nuestros movimientos en la Tierra.

Usted, con todo, probablemente volverá a la carga, indagando si nosotros, espíritas desencarnados y encarnados, ya alcanzamos semejantes ecuaciones, y

anticipo la respuesta, informando a usted que Jesús en nuestra debilidad es luz de esperanza y, por eso mismo, confiando en él – el Maestro y Señor -, estamos seguros de que, un día, todos nosotros haremos del Evangelio lo que debemos hacer.

LECCIÓN EN UNA CARTA

Al lado de Juan Firpo, desencarnado al impacto del fuego que consumiera su vieja casa, en una noche de expiación y de espanto, estaba la carta, fechada por él cuatro días antes, dirigida a un hermano y que el muerto evidentemente echaría al correo, en la primera oportunidad.

Mientras bomberos improvisados retiraban su cuerpo inerte y bienhechores de la Vida Mayor amparaban al Espíritu liberado en doloroso trauma, copié la curiosa misiva que sobrevolaba en las cenizas de la tragedia, a fin de transmitirla, con objetivos de estudio y meditación, a los compañeros del mundo,

He aquí, íntegramente, el valioso documento:

Mi querido Didito:

Espero que estas líneas lo encuentren a usted con salud y paz, junto con los nuestros.

Gracias a Dios, estoy bien. Usted se afligió sin razón con la noticia de mi resfriado. Todo no pasó de una secreción pasajera. Estoy más fuerte que el roble del Brejo Grande, comiendo por cuatro indígenas en los sembríos. Sea viejo quien quisiera. Con mis sesenta y siete eneros, no paso sin baño en el río y frijoles en el plato. Vivo solito porque no nací para la confusión. Doña Belinha viene diariamente a hacerme las comidas, asear la casa y eso llega.

Sobre el caso del sueño que usted tuvo conmigo, conforme a su consejo fui a la reunión espírita en el sitio de Totonho. La mujer de él es médium de verdad. Hace mucho tiempo que yo no asistía a una incorporación tan perfecta. Realmente, mi madre habló a través de ella. No tengo duda. Aquella voz buena y cansada, que nosotros dos no olvidamos. Desgraciada de madre! Está preocupada conmigo, no sé por qué. Habló mucho sobre la muerte, cosa en la que no pienso. Hice todos los exámenes de salud que el médico recomendó, el mes pasado y todo está bien. Positivo. Por otro lado, no viajo. ¿Por qué será que la vieja mostró miedo de que yo vaya a irme entonces, de un momento a otro?

Imagine que ella abordó un secreto. Dijo cosas serias en cuanto al dinero que vengo guardando para la formación de nuestro hogar de viejitos, compromiso antiguo. Aprecie usted que mi madre conversó, conversó y, después, me pidió emplear una enorme cantidad en la compra de un terreno para la obra, aconsejándome colocar la parte restante con amigos responsables para el costeo de la construcción. Considere mi aflicción. ¿Qué es lo que hay? No es fácil entregar así gratuitamente casi todas mis economías de treinta años. Coincido con la providencia, pues tenemos nuestro proyecto y promesa hace más de veinte años. No negaré los cobres, pero necesito de un mes para pensar. Terrenos y amigos ya están conversados, desde nuestro encuentro aquí, hace

tiempo, pero dinero, mi querido!... No puedo aceptar el negocio, así del pie a la mano. Usted sabe que la vieja siempre fue afligida. Cuando quería una cosa, la quería. He conservado mis economías con cautela. No confío en bancos ni en las manos de los otros, el dinero comienza prometiendo buenos lucros y después crea piernas para correr y caer en el hueco. Es imposible tratar de un problema así tan grave, sin plazo para reflexionar. Dijo mamá que ya tuve mucho tiempo para resolver, pero a mí no me parece. Comunico a usted que no rechazaré la donación; entre tanto, el asunto no es de emergencia. El mes que viene, cuidaremos de todo.

Sin más, venga, apenas pueda, a comer de nuestro frijol bravo y reciba un abrazo DO MANO.

Firpo

Esta era la carta que el rico desencarnado tenía escrita y aguardaba la oportunidad de mandar.

El Plano Espiritual le había dado, cinco días antes, un aviso urgente para la felicidad de él mismo. Juan, entre tanto, exigía plazo a fin de atender. Acontece, sin embargo, que la prueba no consiguió esperar.

Un incendio de grandes proporciones en la madera de la pequeña vivienda, a altas horas de la noche, obligándolo a dejar el cuerpo físico sofocado sin remisión.

El dinero a que se refería, con tanto cariño, de seguro yacía allí, enteramente quemado, porque metal no había.

De interesante en los escombros, apenas la carta que nos pareció un recado precioso, lanzado por el libro de la vida, sobre un monte de polvo.

EL BURRO MANCO

Antes de la reunión mediúmnica, el problema de Espíritus y mediums era el tema de conversación de los compañeros.

- No comprendo – decía la hermana Fortunata – por qué los benefactores de la Vida Mayor habrían de tomar criaturas de mala vida como instrumentos de sus manifestaciones, si la propia Doctrina espírita es tan clara en materia de afinidades...

- Yo también – confirmaba la hermana Catalina – no entiendo... Y aducía, solemne: “al pan, pan; al vino, vino”.

- Mis amigos – atajaba Sidónio Pires, abogado y director del grupo -, si el trabajo fuese confiado por los Cielos sólo a los fuertes y a los sabios, ¿qué restaría a los débiles y a los ignorantes? La mediumnidad ¿no será comparable a una riqueza de espíritu que Dios distribuye entre los buenos y los menos buenos, teniendo en cuenta el progreso y el perfeccionamiento de todos? En ese sentido, es claramente comprensible que, en mediumnidad, como en cualquier campo de la experiencia humana, cada cual recibirá por lo que haga...

- De acuerdo – objetó el hermano Luis de Souza -, pero el problema es muy complejo. Para ilustrar, pregunto: ¿cómo creer que un Espíritu culto venga a traer determinado mensaje por un mediador que se exprese en lenguaje exótico?

La hermana Leopoldina miró al opositor, de frente y contradijo:

- ¿Y si usted fuese, por ejemplo, un médico, lejos de casa e incapaz de viajar, con necesidad de transmitir un recado a la familia, con relación a determinado enfermo? Supongamos que usted no encontrase una persona con sus conocimientos y modos y tan sólo dispusiese de un indio domesticado, que hablase imperfectamente el idioma, ¿qué haría?

- Instruiría al indio, hasta que él pudiese reproducir correctamente mis palabras.

- ¿Y si el caso estuviese revestido de urgencia extrema? – insistió Doña Leopoldina – un problema de vida o muerte en una criatura profundamente ligada a su corazón?

- Escribiría una nota.

- Pero, ¿si no hubiese una hoja de papel a su disposición?

Observando que Luis de Souza empezaba a irritarse, Doña Catarina interfirió, aconsejando:

- Efectivamente, la cuestión no es simple. Que hay mucha cosa exquisita, en mediumnidad, las hay. Por más que se piense en el asunto, en todas partes existen problemas sin solución. Debemos estudiar cada vez más. Ahora (CÁ) por mí, no entiendo a gente mala, hablando por Espíritus buenos...

El reloj, sin embargo, marcaba el inicio de las tareas y la conferencia fue abandonada.

En el transcurso de la sesión, los encargos diversos fueron atendidos y, en el cierre de las actividades generales, porque el Hermano Gustavo, mentor espiritual de la casa, se preparase para las despedidas, el Dr. Sidónio, director del equipo, indagó si él había registrado el choque de opiniones sobre mediums y Espíritus, habido allí momentos antes, a lo que el paciente orientador respondió:

- Oí todo, hijos míos.

- ¿Y puede, por favor, darnos su punto de vista?

El guía sonrió por el rostro del médium y consideró:

- Antes que todo, todos estamos en la escuela de la vida y cada cual, en el sector de aprendizaje en que se encuentre, debe donar lo máximo para el auto-mejoramiento. Ustedes no pueden perder la vocación de lo mejor y necesitan intensificar lecciones y purificar enseñanzas. Perfeccionar todo y elevar siempre. En cuanto a la práctica del bien, honremos a cada trabajador en la sinceridad y en el provecho que demuestren. Ustedes hablan de instrumentos mediúmnicos deficitarios, pero no ignoran que los talentos psíquicos son comunes a todos. ¿No sería justo que ustedes, hijos míos, cada cual en la pauta de sus propios recursos, intentasen ofrecer alguna colaboración a los desencarnados amigos?, que pusieran de lado escrúpulos tontos y tuviesen la diligencia de servir como intermediarios, entre el Socorro Divino y la necesidad humana?

Y ante el grupo atento, el hermano Gustavo narró, con gracia:

- Con respecto a Espíritus y mediums, quiero contar a ustedes un episodio simple de mi propia experiencia. Yo era médico en San Joaquín de la Barra, en el interior de Sao Paulo, cuando fui llamado para atender a un enfermo, en un sitio a veintiséis kilómetros. En ese tiempo, los viajes en carro eran muy raros y el animal de montar era nuestro mejor vehículo. Acontece que, en el tercer día de mi vigilia profesional en el referido sitio, mi caballo enfermó, justamente cuando recibí por un mensajero que viajaba de San Joaquín hacia Ribeirón Prieto, el recado de un amigo, solicitando mi presencia en la cabecera de su esposa, próxima a dar a luz. Conocía el caso y sabía que mi cliente enfrentaba embarazos que les podrían ser fatales. El enfermo a quien prestaba asistencia acusaba mejoras y, por eso, me apuré. Me di prisa y busqué al Coronel Cândido, propietario de excelentes animales; entre tanto, el estimado amigo me informó que sólo poseía caballos árabes, de inmenso valor, equinos de fama, y no podía aceptar colocarlos en la calle con la obligación de sudar para caballeros. Busqué al lugareño Juan Pedro, pero Juan Pedro alegó que sólo disponía de caballos finos, de pura sangre y altos precios, y no estaba inclinado a perjudicarlos. Corrí hasta la vivienda de Amaro Silva, dueño de grandes haras; mientras tanto, aún ahí, solamente existían animales nobles y seleccionados, que no me podían ayudar en cosa alguna. Fui, entonces, a la vieja casa de Tónico Jenipapo, un pobre cliente nuestro. Tónico no tuvo duda. Corrió al patio y trajo de allá un

asno arisco y expuso: “Doctor, este burro es manco y lerdo, pero, sirve...” No hubo más conversación. Arreamos al animal y, aguantando espuela y golpe, tropezando y cojeando, el burro me colocó en las rúas de San Joaquín, para el desempeño de mi deber, al que atendí con absoluto éxito.

Después de expresiva pausa, el guía remató:

- Ustedes estudien siempre. Pasen en limpio cualquier fenómeno y ejercicio de mediumnidad en los cuadernos de lecciones de nuestra Renovadora Doctrina; no obstante, en materia de servicio a los otros, respetemos a cada obrero en el lugar que le es propio. Piensen en eso, porque, a pesar de la era del automóvil y del avión, en que ustedes se hallan, es posible que surja un día en que vengan a necesitar de un burro manco, capaz de ser la solución de muchas necesidades y amparo de mucha gente.

El mentor se apartó y, terminada la tarea, el equipo se disperso con la promesa de examinar la comunicación y debatirla en la sesión siguiente.

LA CURACIÓN

Se encontraron, un día, el Mensajero del Evangelio y el Hacedor de Milagros, al pie del Hombre Enfermo que rogaba socorro, y se trabó entre ellos un curioso debate.

EL HOMBRE ENFERMO – ¡Ay de mí! La enfermedad me devora y, además de eso, inteligencias desviadas me atormentan la vida!... ¡Amparadme por amor de Dios!...

EL MENSAJERO DEL EVANGELIO – Antes que nada, ¡ten paciencia, hijo mío! No olvides que te hallabas en el mundo espiritual, antes de tu reencarnación, agónico como te ves, y que, por este motivo, antes que la tranquilidad para el cuerpo, importa la seguridad del alma... El sufrimiento es el camino para la verdadera restauración...

EL HACEDOR DE MILAGROS – ¡Vejeces!... Cualquiera puede instruirse sin dolor...

EL MENSAJERO DEL EVANGELIO – Únicamente cuando haya construido la armonía divina en el mundo de sí mismo.

EL HOMBRE ENFERMO – Decidme! ...¿de cuánto tiempo dispongo en este cuerpo?

EL MENSAJERO DEL EVANGELIO – No menos de ochenta años; entre tanto, no siempre serás enfermo así... Poco a poco, te recuperarás con el apoyo de Cristo para culminar dignamente tu actual romería terrestre.

EL HACEDOR DE MILAGROS - ¿Por qué no buscar la inmediata liberación de la dificultad para mejor provecho del tiempo?

EL MENSAJERO DEL EVANGELIO – El cuerpo es reflejo del espíritu y, muchas veces, aquello que interpretamos como exoneración de la prueba es desamparo moral.

EL HOMBRE ENFERMO - ¿Qué hacer?

EL HACEDOR DE MILAGROS - Aceptar el prodigio que te ofrezco... Lógico!...

EL MENSAJERO DEL EVANGELIO - ¿En qué adelanta restaurar brillantemente el traje externo, sin extinguir la herida que la ropa cubre? Nos enseñó Jesús que “el Reino de Dios no viene con apariencias exteriores”...

EL HACEDOR DE MILAGROS – ¡Teorías!... Cada cual debe cuidar del propio bienestar con la ligereza posible...

EL MENSAJERO EL EVANGELIO – Sólo existe el bienestar que la conciencia autoriza.

EL HOMBRE ENFERMO – A pesar de vuestros desacuerdos, estoy enfermo y quiero sanar...

EL MENSAJERO DEL EVANGELIO – Te curarás; todavía, debes hacerlo, con la bendición de Jesús, para siempre. La curación viene de las entrañas del ser, como el árbol procede de lo íntimo de la semilla...

EL HACEDOR DE MILAGROS – Lirismo de predicadores!...Te garantizo la salud perfecta en pocas horas...

EL MENSAJERO DEL EVANGELIO – La salud ilusoria de la carne.

EL HACEDOR DE MILAGROS - ¿De qué otra necesitará un hombre en el mundo?!...

EL HOMBRE ENFERMO – ¡Anhelo por mejoras...Estoy arrasado de cuerpo y rodeado de enemigos!...

EL HACEDOR DE MILAGROS – Pondré a tus enemigos en la cárcel para que te devuelvan la paz...

EL MENSAJERO DEL EVANGELIO – Dios usa el tiempo y no la violencia. Enemigos, no transformados en amigos, un día volverán.

EL HACEDOR DE MILAGROS – ¡Boberías!... ¿Por qué razones estará una persona condenada a la presencia de adversarios, cuando puede apartarlos?

EL MENSAJERO DEL EVANGELIO – Los adversarios son instructores. Habitándonos a soportarlos en la convivencia, seguiremos, por fin, en el camino de luz que el Señor nos trazó al recomendarnos: “amaos los unos a los otros como yo os amé”...

EL HOMBRE ENFERMO – Mis padecimientos son enormes...

EL MENSAJERO DEL EVANGELIO – Elévate a la cura verdadera, aprendiendo con el dolor y con el trabajo a inmunizarte contra la ilusión que te haría caer en pruebas mayores.

EL HACEDOR DE MILAGROS - ¿Por qué no conseguirá este hombre escalar el monte del propio equilibrio, sin aflicción y enfermedad?

EL MENSAJERO DEL EVANGELIO – Nadie consigue medir la propia resistencia. Mutilados existen que reclaman apoyo, a fin de movilizarse...Enfermedad y dificultad son, algunas veces, las muletas de que carecemos en largos períodos de reajuste.

EL HACEDOR DE MILAGROS – No apruebo, doy ventajas inmediatas.

EL HOMBRE ENFERMO - ¿No me concedería Dios una orden directa?

EL MENSAJERO DEL EVANGELIO – Repito que la violencia no consta en la Didáctica Divina. Dios nos ama como padre, nos considera sus hijos, no esclavos...

EL HACEDOR DE MILAGROS – Si tienes el derecho de optar, es inútil que dudes. Es mucho mejor que yo te libere hoy, que persistir en el sufrimiento hasta no sé cuándo.

EL HOMBRE ENFERMO - ¿Cómo actuar?

EL MENSAJERO DEL EVANGELIO – Eres siempre libre de elegir...

El hombre enfermo aceptó, decidido, la mano que el Hacedor de Milagros le extendía y, poco después, se vio restablecido, eufórico.

En seis meses, impresionado por las apariencias físicas dominantes, realizó matrimonio con riquísima heredera y enseñoreó vasta fortuna con destacada posición en la alta sociedad... Entre tanto, el ambiente más elevado – clima natural y adecuado para los hombres de espíritu sano -, para él, Hombre Enfermo del alma, se convirtió en un trapezio para infeliz caída.

Fue así que, en seis meses, alcanzó cumbres; en doce, se complicó en aventuras delictuosas; en quince, se confió al abuso del alcohol; en veinte, entró a la morfina; y, pasados precisamente dos años, antes de los treinta y seis de edad, descendió hacia nuevos precipicios de sombra, en un suicidio enmascarado de accidente espectacular.

INVESTIGACIONES

Los dos brasileños, en una gran ciudad del exterior, se enrumbaban hacia un importante instituto de investigaciones sobre las ciencias del Espíritu, y comentaban asuntos de mediumnidad, en expresivo diálogo:

- Espero recogeremos excelentes buenas nuevas, en materia de sobrevivencia...

- Imagine usted!... el intercambio, entre los dos mundos, positivamente demostrado...

- Es la Tierra Mejor a la vista, el mensaje del mundo espiritual proclamado a los cuatro vientos!

- Será el Evangelio de Jesús finalmente cumplido por los hombres... Con apoyo en la inteligencia y en la técnica, es imposible que las criaturas no se rindan a la verdad.

Estoy realmente conmovido, toda vez que vamos a auscultar realizaciones de alta ciencia.

- Oí decir que los experimentos prosiguen adelantados.

- Hay mucha cosa ya hecha, haciendo patente, de modo indiscutible, la existencia del Espíritu.

- Observe que es eso lo que más precisamos. Dicen los bienhechores desencarnados que las manifestaciones mediúmnicas deben ser libres, correr como fuentes, para que se eviten ciertas manifestaciones del poder humano sobre las determinaciones de la Espiritualidad Superior, mientras tanto...

- Allá en nuestro grupo dicen lo mismo, afirman que el Reino de Dios será edificado sin violencia, que la mediumnidad en sí no puede ser controlada, sin graves perjuicios, por los recursos políticos, que los valores de la Vida Mayor necesitan alcanzar las esferas de todas las criaturas, a fin de ser pasados por el filtro de riguroso discernimiento...

- Cualquier Espíritu habla a voluntad, cualquier médium se hace oído... Eso, sin duda, es tolerancia, pero es cualquier cosa de desorden también...

- Libertad para todos los instrumentos y, con eso, el atraso de las edificaciones correctas y duraderas...

- Y el tiempo ya se va... ¿Quién aguanta?

- Los amigos desencarnados aseveran que todos somos hijos de Dios, que necesitamos extendernos las manos, acogiendo las manifestaciones de la Espiritualidad por enseñanzas de escuela incesante, esquivándonos a la presión y al descontento; que, si el capricho de los hombres es entrar en el asunto, tendremos perturbaciones incurables por muchos y muchos años... ¿Sabe lo que

dice el Hermano Baturira, en una de nuestras reuniones? Comparó la revelación espiritual con la luz del Sol, declaró que la mayoría de las criaturas humanas aún no es capaz de distribuir ni siquiera parcelas de la fuerza del gran astro, en beneficio de todos, porque, si eso ocurriese, surgirían tremendas pasiones, tiranizando la vida terrestre. La inspiración de lo Alto debe estar en lo Alto, tanto como el Sol que nos garantiza la estabilidad de lo Alto... ¿Comprendió?

- De entender, entiendo... Pero usted no ignora... Vivimos en mucha oscuridad, recogiendo interpretaciones mediúnicas de varias procedencias. Basta que un instrumento mediúmnico diga esto o aquello, para que otro se refiera al mismo asunto de manera diferente... Con la alta ciencia, sin embargo, comandando las situaciones, la verdad no sufrirá tantas alteraciones y el dominio de Jesús se establecerá sobre las almas... Entonces, con apoyo en las demostraciones positivas de la supervivencia, conquistaremos, por fin, la paz en la Tierra y la felicidad perfecta entre las naciones...

No obstante, la conversación fue interrumpida, de súbito.

Los dos forasteros llegaron al gran instituto.

Recibidos amablemente por uno de los directores, con quien habían acordado la cita, pasaron a admirar el instrumental electrónico vastísimo, destinado a observaciones múltiples.

Se habló de experimentadores antiguos y modernos, de sensitivos de muchos países. Se comentaron los fenómenos parapsíquicos, las posibilidades de comunicación con otros mundos, los acontecimientos de la hipnosis, los poderes ocultos de la mente...

A cierta altura, uno de los visitantes preguntó:

- Mi amigo, es seguro que estamos al frente de una nueva era... ¿Qué me dice el señor del futuro de tantas y tan maravillosas investigaciones?

Y el distinguido investigador, imperturbable:

- Sí, tenemos urgencia máxima en los resultados. Las facultades profundas del alma deben ser movilizadas en el descubrimiento de secretos militares, en el incremento de recursos bélicos, en la localización de yacimientos de uranio y otros minerales importantes en la economía de guerra, en las comunicaciones a distancia...

¿Y de qué servirán las pesquisas – insistió el interlocutor –, en la construcción de la paz y de la fraternidad que Jesús nos enseñó?

- Bien – respondió el autorizado informante –, eso es asunto de la religión...

El brasileño miró al otro brasileño e indagó:

- ¿Y ahora, José?

EN EL DÍA DE LAS TAREAS

¿Quién describiría el encanto de aquel grupo de corazones entusiastas en la fe? El Hermano Celestino lo edificara poco a poco. Cinco años consecutivos de trabajo y devoción.

Campeón de la bondad en el Plano Espiritual, Celestino había encontrado en la médium Doña Silene una compañera de acción, extremadamente dedicada al servicio del bien. Viuda, desde muy joven, se consagró al amparo de los semejantes y, a su vez, granjeara en Celestino un amigo fiel. Ambos habían levantado aquel dulce equipo de obreros de la oración con interminable cariño. Reuniones de oración y auxilio espiritual en las noches de martes y sábados. Consultas afectivas a Celestino y respuestas benditas, creando esperanza y consuelo. Y, después de los contactos terrestres, he aquí al denodado hermano procurando obtener, aquí y allá, determinadas concesiones, en beneficio de los compañeros encarnados. La atención de algún médico amigo para suprimir las jaquecas de Doña Alice; cooperación; cooperación de celadores desencarnados en socorro de los pequeños de Doña Zizinha en dificultades en la escuela; apoyo de bienhechores para la solución de los problemas frecuentes de Juan Colussi, el sastre; vigilancia de devotos enfermeros para la hija enferma de Doña Casilda, y otras providencias, diferentes y múltiples, de semana en semana, a favor del personal. Y el personal del agrupamiento no le regateaba admiración:

- Espíritu amigo como pocos!... – enunciaba Sisenando, el contador muchas veces beneficiado por él.

- Debo al Hermano Celestino lo que jamás pagaré!... – acentuaba Armando Ribeiro, el tipógrafo.

- Protector extraordinario!... – afirmaba Doña Maristela, que la generosidad del amigo espiritual levantara de hondo abatimiento, - para mí, es un padre que no puedo olvidar...

- Creo que en este mundo no tendremos un acreedor así tan importante!... aducía Doña Raimunda Peres, a quien el samaritano desencarnado restituyera la alegría de vivir.

En clima de trabajo incesante para Celestino, en el Plano Espiritual, y de incesantes elogios para él, en el conjunto humano, transcurrieron sesenta meses... Por eso, en la noche del quinto aniversario de las reuniones, la sala de Doña Silene mostraba un bello aspecto festivo.

Flores, leyendas, paños caprichosamente bordados, música para meditación...

Llegado el momento del intercambio espiritual, después de oraciones y saludos efusivos, Celestino controló el aparato mediúmnico y habló sensibilizado. Se reportó a los días del comienzo, a los favores obtenidos de lo

Alto, a las oportunidades de trabajo, a las alegrías de la solidaridad, y, finalizando la lección conmovedora, apeló:

- Ahora, hermanos míos, estamos en la época de la distribución de tareas. Nuestra doctrina revive la enseñanza de Jesús, y la enseñanza de Jesús, sobre todo, se sustenta en el servicio al prójimo. Estamos rodeados de hermanos sufrientes que, desde mucho tiempo, aspiran a la comunión con nosotros... Aquí, son enfermos que esperan por una frase de aliento; allí, son desesperados que suplican el beneficio de una oración; más allá, son necesitados de recursos materiales que anhelan por la migaja de cooperación que les podemos prestar; más adelante, vemos niños requiriendo cuidados para no caer en la desencarnación prematura... ¿Y la evangelización? Mucha gente de todas las edades cuenta con nosotros, a fin de averiguar el por qué del sufrimiento, de las luchas domésticas, de las desilusiones de la existencia, de las aparentes desigualdades de la vida!... Invitamos, así, a todos nuestros amigos aquí congregados para formar un equipo de trabajadores, con responsabilidades definidas, en el servicio a los semejantes... Cada uno se encargará de un sector de trabajo, en la esfera de los recursos que les sean propios. Seremos un grupo legalmente constituido, desde el punto de vista terrestre, con dirigentes y dirigidos, cada cual, sin embargo, sirviendo a la causa de la Humanidad, en horarios previamente establecidos. De cierto, necesitaremos disciplina, porque nuestras obligaciones serán muchas. Recién nacidos indigentes, enfermos abandonados, obsesionados, mendigos, viejitos sin nadie, todos nuestros hermanos en desamparo hallarán el socorro posible en nuestra casa. Con el Amparo Divino, trabajaremos...

Al término, el devoto mentor, en júbilo manifiesto, marcó para la semana próxima la distribución de los encargos con que todo el conjunto sería honrosamente distinguido, en medio de promesas conmovedoras y votos brillantes.

Sobreviniendo la sesión señalada para la repartición de tareas, el Hermano Celestino llegó entusiasmado y confiado al templo doméstico, notando sin embargo, que al lado de Doña Silene, en oración, no había ninguno.

EL PODER DEL BIEN

Armando Pires efectuaba los últimos preparativos en el carro, para conducir a su amigo Jorge Bretas a la estancia de reposo que distaba cuarenta kilómetros.

En ese justo momento, el diálogo entre ellos, en torno de la ley de causa y efecto, se detenía en un curioso ángulo.

- ¿Pero usted no cree aún que la justicia pueda ser modificada por la misericordia?

- No.

- ¿Acaso no admite que el destino, así como es reparable a toda hora, es susceptible de ser renovado todos los días?

- No.

- ¿No cree que las acciones de amor deshacen las cadenas de odio?

- No.

- ¿Usted no acepta la posibilidad de transformar los problemas de alguien que llora, dando a ese alguien una parcela de alegría o de esperanza?

- No,

- ¿No reconoce usted que si un hermano en prueba es inducido por las leyes del Universo al sufrimiento, para resarcir las faltas que haya cometido en otras existencias, nosotros, igualmente, somos llevados a conocer su dolor, por las mismas Leyes Divinas, de manera a prestarle el auxilio posible, en rescate de las nuestras?

- No.

- ¿No tiene usted por cierto el principio de que el bien disuelve al mal, así como el reequilibrio extingue la perturbación? ¿No concuerda que un acto noble redundará siempre en la justicia, a favor de quien lo practica?

- No.

- ¿Por qué?

- Porque la justicia debe ser la justicia y cada uno de nosotros pagará por sus propios errores.

- ¡Cielos! ¿Pero usted no acepta la idea de que migajas de amor son capaces de funcionar en lugar del dolor, ante los Foros Celestes, así como las pequeñas prestaciones, en la base de la equidad y de la diligencia, pueden evitar que una deuda venga a ser cobrada por la fuerza de un tribunal?

- No.

En seguida, los dos se acomodaron en el automóvil y el carro partió.

Tarde lluviosa, cenicienta...

Algunos kilómetros después de la largada, un hueco en el asfalto, sobre alta rampa, y una fuerte sacudida agitó a los viajeros.

Breta recordó, asustado:

¡Lance peligroso! Conviene parar... Tapemos el hueco o coloquemos aquí alguna señal de alarma, por lo menos algunas ramas de árbol que adviertan a quien pase...

- Nada de eso! – protestó Armando, decidido – la obligación es del turno de conservación... Los otros choferes que se dañen. No somos empleados de nadie.

Llegados al local de destino, Bretas se recogió al hotel, agradeciendo el obsequio, y Armando regresó por el mismo camino.

Entre tanto, justamente en el punto de la carretera donde el amigo deseaba auxiliar a otros conductores con socorro oportuno, Pires, a gran velocidad, dentro de la noche, encontró el bache profundamente alargado por el aguacero y el carro volcó, de manera espectacular, proyectándose barranco abajo...

Después del accidente, en compañía de algunos amigos, fui a visitarlo en un hospital de emergencia... Lo encontramos con el rostro vendado, bajo la atenta asistencia de un abnegado ortopedista, que le enyesaba la pierna izquierda con trapos.

Pires no hablaba, pero pensaba... Y pensaba exactamente en los delicados meandros de la ley de causa y efecto, llegando a la conclusión de que el mal no necesita ser rescatado por el mal, cuando el bien llega antes...

EL DEVOTO DESILUSIONADO

El hecho parece anécdota, pero un amigo nos contó la pequeña historia que pasamos al frente, asegurando que el relato se basa en la más viva realidad.

Hemetério Rezende era un tipo de creyente exquisito, con fijación en la idea del paraíso. Admitía píamente que la oración dispensaba las buenas obras, y que la oración aún era el mejor medio de evitarse cualquier esfuerzo.

“Descansar, descansar!...” En la cabeza de él, eso era un refrán mental incesante. El cumplimiento del mínimo deber le surgía a la vista como actividad sacrificial y, en las pocas obligaciones que ejercía, se acusaba por penitente desventurado, lamentándose por bagatelas. Por eso mismo, fantaseaba el “dulce hacer nada” para después de la muerte del cuerpo físico. El reino celeste, a su modo de ver, se constituiría de espectáculos fascinantes de por medio con manjares deliciosos... Fuentes de leche y miel, frutos y flores, revelándose, agrupándose aquí y allá, en el edén de los justos...

En esa expectativa, Rezende dejó el cuerpo en edad propecta, disfrutando placeres y más placeres.

En efecto, espíritu desencarnado, poco después del gran trance fue atraído, de inmediato, a una colonia de criaturas desocupadas y gozosas que le eran afines, y ahí encontró el patrón de vida con que soñara: ociosidad lisonjera, coronándose de fiestas sin sentido y abarrotándose de platos hechos.

Nada para construir, nadie para auxiliar...

Las semanas se sobreponían a las semanas, cuando, Rezende, que se suponía en el cielo, pasó a sentirse castigado por terrible desencanto. Suspiraba por renovarse y concluía que para eso le sería indispensable trabajar...

Cogido por el tedio y la desilusión, no hallaba en sí mismo sino el ansia de cambio.

En vista de eso, esperó y esperó, y, cuando se vio al frente de uno de los comandantes del extraño burgo espiritual, arriesgó suplicante:

- Mi amigo, mi amigo!... Quiero actuar, hacer algo, mejorarme, olvidarme!... Pido transformación, transformación!...

- ¿Hacia dónde desea ir? – indagó el interpelado, un tanto sarcástico.

Aspiro a servir a favor de alguien... Nada encuentro aquí para ser útil... Por piedad, déjeme seguir para el infierno, donde espero movilizarme y ser diferente...

Fue entonces que el enigmático jefe sonrió y habló, claro:

- Hemetério, usted pide descender al infierno, pero escuche, querido mío!... Sin responsabilidad, sin disciplina, sin trabajo, sin ninguna necesidad de practicar la abnegación, como vive ahora, ¿dónde piensa usted que ya está?

EN EL CORREO AFECTIVO

Usted, querido mío, asevera que se ve fatigado consigo mismo.

Las imperfecciones, nuestras viejas imperfecciones!...

Dice usted que acaba de leer un volumen edificante y articula promesas de mejoría, oye una lección noble y reafirma sus votos de elevación... Horas después de la expectativa brillante, he aquí que se estira en el error o en la negación de todo lo que aseguró a sí mismo en materia de superación moral. En seguida, la exagerada noción de inferioridad personal, las ideas de culpa y, con eso, los sufrimientos íntimos y las aflicciones vacías.

El tiempo que podría dispensar en actividades útiles se le escapa de las manos, desaprovechado. Y usted pregunta el por qué de semejante antagonismo. De un lado, la santidad del intento; de otro, la imposibilidad de la ejecución.

Entre tanto, mi amigo, ese conflicto nos pertenece a todos, a todos nosotros, los espíritus en evolución y perfeccionamiento en el regazo maternal de la Tierra, - desde hace milenios.

Contra la gota de esfuerzo que sostenemos a favor del auto-perfeccionamiento, sorprendemos el caudaloso río de nuestros impulsos instintivos que nos arrastran a la animalidad de la que hemos salido.

La necesidad de paciencia se patentiza aún con nosotros mismos, en el clima de la vivencia común, en cualquier parte. La paciencia de repetir pequeñísimos gestos de tolerancia y diminutas renunciaciones, hora por hora, día por día, manejando incesantemente el buril de la disciplina sobre la piedra de nuestras cualidades virtuales, de modo a esculpir en ella la individualidad que aspiramos a ser.

Crea que eso ocurre a la mayoría de las criaturas en estado educativo en el Planeta, estén o no vinculados a la bolsa del cuerpo físico. Escalamos el monte de la sublimación, paso a paso, muchas veces con el corazón agónico y los pies sangrantes.

A nuestro modo de ver, no padecen guerra íntima únicamente aquellos que se anestesian, de manera temporal, en falsa superioridad, creyéndose realizados en paraísos de ilusión, copiando la convicción de los niños que se admiten habitando castillos en sus construcciones de papel o de arena.

Esa terrible disparidad entre lo que aún somos y lo que debemos ser es peculiar a todas las criaturas que despiertan a las exigencias de la ascensión espiritual. El propio Paulo de Tarso, reflexionando sobre semejante problema, declara en el versículo 19 del capítulo 7, de su Epístola a los Romanos: “No hago el bien que deseo; sino el mal que no quiero”.

A propósito, entre tanto, confortémonos con la certeza de que, palpando nuestras llagas morales, formamos más seguro conocimiento de nosotros mismos, lo que es muy importante.

Se cuenta que Israel ben Eliézer, apellidado como Baal Shem-Tov, nombre comúnmente abreviado por Besht, renombrado pensador judaico del Siglo XVII, fue procurado por cierto devoto, quien le dio quejas, confesando amargamente:

-Maestro, ¿qué será de mí? Me entregué fervorosamente al servicio del Señor, por largos años y, después de tanto tiempo, reconozco hoy que no mejoré... Continúo siendo un hombre imperfecto e ignorante...

Besht, sin embargo, sonrió y respondió, compasivo:

- Si llegaste, hijo mío, a comprender que eres imperfecto e ignorante, esto representa, por sí solo, un progreso admirable.

Reflexionemos, de ese modo, en nuestras debilidades, sin auto-condenación. Nada adelanta cubrirnos de cenizas, al verificar nuestras faltas. Vale enfrentarlas y corregirlas al costo de nuestra propia rectificación.

Que somos espíritus endeudados, delante de las Leyes Divinas, es una realidad, y que precisamos servir al prójimo con olvido de nosotros mismos, para disipar las tinieblas del egoísmo que aún nos envuelven el alma, es nuestra obligación. Observando, así, con el bisturí del raciocinio propio, las deficiencias y desequilibrios que aún nos pesan en el ser, estamos naturalmente curando nuestra multimilenaria ceguera de espíritu y, con eso, querido mío, ya nos cabe rendir gracias a Dios.

SIEMBRA Y COSECHA

Cierto Hombre, enredado en el vicio de la embriaguez, era frecuentemente visitado por un generoso amigo espiritual que le amparaba la existencia.

- Arrepiéntete y recurre a la Bondad Divina! – rogaba el bienhechor cuando el alcohólico se desprendía parcialmente del campo físico, en las alas del sueño. – Valoriza el tiempo y no postergues tu propia renovación! Un cuerpo terrestre es herramienta preciosa con la que el alma debe servir en la oficina del progreso. No menosprecies tus propias fuerzas!...

El infeliz despertaba, impresionado. Rememoraba las palabras oídas, intentaba mentalizar la hermosura del enviado sublime y, íntimamente, formulaba el propósito de regenerarse.

Sin embargo, sobreviniendo la noche, sucumbía de nuevo a la tentación.

Embriagándose, se arrojaba a un largo período de inconciencia, volviéndose al relajamiento y la desidia.

Borracho, se empeñaba tan solamente en ahogar las mejores oportunidades de la vida, copa tras copa.

Entre tanto, pronto surgía alguna zona de conciencia en aquella cabeza perturbada, el mensajero lo requería, solícito, recomendando:

- Atiende! No huyas a la responsabilidad. El pasaje por la Tierra es un valioso recurso para la ascensión del espíritu... El tiempo es un crédito del que daremos cuenta! Apela a la compasión del Señor! Modifícate! Modifícate!...

El mísero despertaba en la carne, recordaba la confortadora entrevista y se disponía al reajustamiento preciso; entre tanto, después de algunas horas, seducido por los propios deseos, caía nuevamente en zona oscura.

Ebrio, se mantenía meses y meses en la sensualidad del auto-olvido.

Con todo, siempre aparecía un instante de lucidez en que el compañero vigilante interfería.

Nuevo socorro del Cielo, nuevas promesas de transformación y nueva caída espectacular.

Años y años fueron desafiados en el milagroso ovillo del tiempo, cuando el infortunado, de cuerpo gastado, se reconoció enfermo y abatido.

La molestia se instalara, despiadada, en la fortaleza orgánica, inclinando sus pasos hacia el desfiladero de la muerte.

Incapaz de reponerse, el enfermo oró, modificado.

Quería vivir en el mundo y, para eso, haría todo para recuperarse.

En breves segundos de alejamiento del estragado vehículo, encontró al divino mensajero y, arrodillándose, comunicó:

- ¡Ángel abnegado, me transformé! Soy otro hombre... Estoy arrepentido! Reconozco mis errores y haré todo para redimirme... Recorro a la piedad de

nuestro Padre Todo-Compasivo, toda vez que pretendo alcanzar el futuro en el aspecto de servidor despierto para las elevadas obligaciones que la vida nos confirió...

El protector lo abrazó, conmovidamente, y, enjugándole las lágrimas, se llenó de júbilo, exclamando:

- Bienaventurado seas! En adelante, estarás liberado de la perniciosa influencia que hasta ahora te oscureció la visión. Bendito porvenir sonreirá a tu destino. Rindamos gracias a Dios!

El enfermo retomó el cuerpo, con el corazón aliviado, con la luz de la esperanza aclarándole el alma.

Pero los padecimientos orgánicos recrudecían.

La asistencia médica, aliada a los mejores recursos de enfermería, revelaba insuficiencia para quitarle el malestar.

Transcurridos varios días de angustioso dolor, se entregó a la oración con sentida compunción y, amparado por el bienhechor invisible, se encontró fuera de la carne, en ligero momento de alivio.

- Ángel amigo – imploró -, ¿acaso el Todo-Bondadoso no se compadece de mí? Estoy renovado!... Cambié mis rumbos! ¿por qué tamañas pruebas?

El guardián lo alentó, benevolente, y esclareció:

- ¡Cálmate! El sincero reconocimiento de nuestras faltas es fuerza de limitación del mal en nosotros y fuera de nosotros, como medida que circunscribe el radio de un incendio, para extinguirlo poco a poco, pero no opera regresos en la Ley. El amor infinito de Dios nos revela fulgurantes caminos para la propia elevación; todavía, la justicia de Él determina que vengamos a recibir, invariablemente, según nuestras obras. Válete del perdón divino que, como respuesta del Señor a tus ruegos, es ahora en tu alma anhelo de reajuste y don renovador, pero no olvides el deber de destruir los espinos que juntaste. El arrepentimiento no cura las afecciones del hígado, así como el remordimiento edificante del homicida no remedia la llaga abierta por el golpe de la hoja insensata!... Aprovecha la enfermedad que te purifica el sentimiento y usa la tolerancia del Cielo como nuevo compromiso de trabajo a favor de ti mismo!...

El enfermo deseó seguir oyendo la palabra balsamizante del amigo celeste... La carne enfermiza, sin embargo, le exigía el regreso.

Con todo, recomponiéndose mentalmente en el cuerpo fatigado, aunque gimiese bajo la flagelación regeneradora, lloraba y reía, feliz.

ENFERMOS Y ENFERMEDADES

El respeto a los enfermos es un deber incontestable, pero vale la pena describir la ligera experiencia para nuestra propia orientación.

Penetramos al nosocomio, acompañando a un asistente espiritual que ingresaba al servicio por primera vez, y, por eso mismo, era, allí, tan adventicio en materia de enfermería como yo mismo.

Atender a cuatro hermanos encarnados sufrientes, nuestro encargo inicial en las tareas del magnetismo curativo. Los designaremos por números.

En ventilado aposento, nos aproximamos a ellos, después de una corta oración.

El amigo número uno jadeaba en opresiva disnea, suplicando en voz baja: ¡Váleme, Señor!... ¡Ay Jesús!... ¡Ay Jesús!... ¡Socorredme! Oh Divino salvador!... cúrame y ya no desearé en el mundo otra cosa sino serviros!...

El segundo imploraba, bajo los dolores abdominales en los que se retorció:

- Oh mi Dios, mi Dios!... Tened misericordia de mí... Concededme la salud y procuraré hacer exclusivamente vuestra voluntad...

Nos aproximamos al tercero, que, mal aguantando tremendo cólico renal en recaída, tartamudeaba al impacto de pesado sudor:

- Piedad, Jesús... Sálvame!... Tengo mujer y cuatro hijos... Sálvame y prometo serte fiel hasta la muerte!...

Por fin, clamaba el número cuatro, cargando severa crisis de artritis reumatoidea:

- Jesús! Jesús!... ¡Oh Divino Médico!... Atiéndeme!... Ampárame!... ¡Dadme la salud, Señor, y os daré la vida!...

Nuestro orientador se enterneció. Nos conmovía, de veras, oír tan cariñosas referencias a Dios y a Cristo, tantas invocaciones con inflexión de confianza y ternura.

Sensibilizados, nos pusimos en acción.

El jefe se esmeró.

Eximio conocedor de ondas y de fluidos, cosió vísceras aquí, sanó disfunciones allí, renovó células malas allá y el resultado no se hizo esperar. Recuperación casi integral para todos. Entramos en oración, agradeciendo al Señor la posibilidad de transmitir sus bendiciones.

En el día inmediato, cuando volvimos al hospital, por la mañana, el cuadro era diverso.

Mejorados con seguridad, los enfermos ya ni se acordaban del nombre de Jesús.

El primer enfermo se refería, exasperado, al hermano que faltara al compromiso de visitarlo en la víspera:

- Aquel balandro pagará!... Ya estoy suficientemente fuerte para golpearlo... No vino como prometió, porque me debe dinero y naturalmente quedará satisfecho de saberme olvidado o muerto...

El segundo rabiaba:

- Ahora con esas!... ¿por qué me vinieron a preguntar si yo quería oraciones? Ya estoy harto de rezar... Quiero mi alta hoy!... Hoy mismo!... Y si la situación en casa no estuviera como yo pienso, va a haber un gran barullo!

El tercero reclamaba:

-¿Quién hablo aquí de Religión? No quiero saber de eso... Llamen al médico...

Y gritando a la enfermera que asomaba a la puerta:

- Joven, si mi mujer telefonea, diga que salí y que no estoy...

El enfermo número cuatro vociferaba al joven que trajera el refrigerio matinal:

- Salga de mi vista con su café recalentado, antes que yo le dé con esa cafetera en la cara!...

Atónitos, delante de los cambios ocurridos, recurrimos a la oración, y el supervisor espiritual de la institución, vino hasta nosotros, encargándose de consolarnos y socorrernos.

Después de oír la exposición del mentor que se responsabilizara por las bendiciones recibidas, esclareció, de buen humor:

- Sí, ustedes cometieron un pequeño engaño. Nuestros hermanos aún no se hallan habilitados para el retorno a la salud, con el éxito deseable. Es imprescindible bajar el índice de las mejoras efectuadas...

Y, sin ninguna demora, el superior podó energías aquí, disminuyó recursos ahí, interfirió en determinados centros orgánicos más allá, y, con gran sorpresa para nuestro grupo socorrista, los hermanos enfermos, con ligeras alteraciones para la mejoría, fueron restituidos al estado anterior, para que no les viniese a ocurrir una cosa peor.

MISIVA FRATERNA

Mi amigo. Alega usted dificultades para proseguir en las actividades de su trabajo. Médiun interesado en servir a la Doctrina Consoladora, usted comenzó la tarea, lleno de amor por la causa que hoy nos hermana, frente al combate contra las sombras de la muerte.

El calor con que su corazón abrazó los compromisos asumidos, llenó de coraje a abnegados compañeros, de este mundo y del otro, para la colaboración en la ruta que orientadores de lo Más Alto nos trazaron al espíritu.

Los días corrieron sobre los días.

Se desdoblaron los años.

Toleró usted la curiosidad de investigadores agresivos y la aflicción de los necesitados diferentes que le golpearon la puerta.

Entre las exigencias de la vida material y las requisiciones de la espiritualidad, comprendió que el trabajo, por muy rudo, es su bendición, y lo aceptó, feliz.

Cuando usted puede atender a los que le solicitan las facultades, es interpretado como un santo; y cuando no le es posible atender a las solicitudes individuales, es designado como demonio orgulloso. En lo íntimo, sin embargo, usted siempre reconoció que no es ángel, ni diablo. Sabe que es una personalidad común, con obligaciones de enfrentar al panadero y al farmacéutico, a fin de mes, con los recibos en la mano, a fin de saldar las propias cuentas. Obligado a medicinar los pulmones y los ojos, el hígado y los riñones, frecuentemente usted está informando que no es ningún privilegiado de la Gracia Divina. Si usted salta del tercer piso de un edificio, se partirá el cráneo, con certeza, y, si ingiere excesiva cantidad de salsa, no ignora que la cistitis lo visitará, sin pérdida de tiempo.

Usted sabe de eso, pero ¿cuántos compañeros tradujeron su esfuerzo por la santidad?

Muchos viven arreglando los lentes, dos veces por semana, pero admiten que usted, materializado en la Corteza Terrestre, en condiciones idénticas a las de ellos, de conformidad con las mismas leyes, jamás experimentará modificaciones en la máquina orgánica, no obstante los años de servicio intensivo de las posibilidades mediúmnicas, colocadas en la práctica del bien.

Naturalmente, se esconden en tales concepciones, por entusiasmo de la fe vibrante que les renueva el pecho, pero usted no es ningún general prusiano que pretenda ocultar la jaquica para mantener el estado de guerra en la juventud.

Asumiendo el servicio proporciones atemorizantes y oyendo repetidas referencias de los compañeros, con relación a los deberes que les competen, usted tiembla, con razón, delante de las perspectivas que el trabajo desdobra.

¿Cómo enfrentar al público necesitado y exigente si sus energías reclaman renovación? ¿Cómo atender a todos, satisfaciendo los múltiples requerimientos de la vida particular? ¿Cómo volar en el plano absolutamente idealista, si usted precisa escobillar los dientes, limar las uñas y comprar comprimidos para el dolor de barriga de los sobrinos?

Le susurran en los oídos que usted guarda responsabilidades más vastas, que usted está obligado a revelarse en la esfera superior a la de sus hermanos de camino, que usted... ¿qué más? Hay quien lo busque, creyendo buscar un plenipotenciario celeste, haciendo cuestión de ignorar las pruebas bienhechoras que le siguen la existencia tan común como la de cualquier alma encarnada, que llora, sudorosa, en la Tierra...

No crea, con todo, en las afirmaciones o en las suposiciones de los compañeros desvalidos de mayor entendimiento. De otro modo, sería alimentar la vanidad injustificable en el corazón.

Usted es un trabajador tan falible, en cuanto a los demás, y, cuando admita lo contrario, estará contra la Ley que nos rige los destinos.

Quien prefiera la idolatría barata, cultívela por las calles del mundo, hasta que la experiencia deshaga sus ídolos de barro.

No se juzgue poseedor de responsabilidades especiales.

El deber es patrimonio común a todos nosotros, porque la bendición divina no hizo feliz exclusivamente a su cabeza. La obligación de comprender la Ley del Supremo Señor y servirla constituye un imperativo tan amplio como es infinita la dádiva de la luz solar que envuelve a justos e injustos, gratos e ingratos.

Piense en eso y descanse el cráneo atormentado. No acepte ningún título de orientador de los otros, cuando es obligado a hacer prodigios para no desorientarse.

Trabaje, sirva al prójimo, colabore en la extensión del bien, cuando estuviera al alcance de sus recursos limitados, pero renueve sus fuerzas orgánicas, mejore sus condiciones físicas y no se crea embajador extraordinario de Cristo.

Cuando el Maestro envió a sus discípulos a los trabajos terrestres, no individualizó las recomendaciones.

“He aquí que yo os mando”. “Id”. Semejantes determinaciones fueron pronunciadas por Él.

La construcción del Reino de Dios, en el mejoramiento espiritual, es obra de cada uno, pero el trabajo de la colectividad pertenece a todos.

No monopolice, pues, los servicios de adoctrinamiento y huya de los pedestales. Acuérdesse de que usted penetra un pantano, por despreocupación o

necesidad, llegará al otro lado, tan inmundo, como cualquier empleado municipal.

Usted es humano y no debe olvidar su condición. Trate de garantizar, en cuanto le fuera posible, los elementos vitales del cuerpo de carne, su vestimenta provisoria.

Atienda al equilibrio, con serenidad y perseverancia.

No le faltarán recursos y providencias para las dificultades naturales.

En cuanto a mí, aunque siervo inútil, repetiré a sus oídos aquel fragmento de cierta música popular brasileña: - “yo voy a ver lo que puedo hacer por usted”.

EL ÁNGEL SOLITARIO

Mientras el Maestro agonizaba en la cruz, se rasgó el cielo en Jerusalén y entidades angélicas, en grupos extensos, descendieron sobre el Calvario doloroso...

En el polvo oscuro del suelo, la maldad y la ignorancia expelían tinieblas demasiado compactas para que alguno pudiera divisar las manifestaciones sublimes.

Hilos de claridad indefinible pasaron a ligar el madero al firmamento, aunque la tempestad se anunciase a distancia...

El Cristo, de alma sedienta y oprimida, contemplaba el paisaje celeste, aureoleado por la gloria que le animaba la frente de héroe, y los emisarios del Paraíso llegaban, en grupos, a entonar cánticos de amor y reconocimiento que los tímpanos humanos jamás podrían percibir.

Los Ángeles de la Ternura le rodearon el pecho herido, como para insuflarle energías nuevas.

Los portadores de la Consolación le ungieron los pies sangrientos con suave bálsamo.

Los Embajadores de la Armonía, sosteniendo instrumentos delicados, formaron una corona viva, alrededor de su atribulada cabeza, tañendo conmovedoras melodías esparciéndose como bendiciones de perdón sobre la turba amotinada.

Los Emisarios de la Belleza tejieron guirnaldas de rosas y lirios sutiles, adornando la cruz ingrata.

Los Distribuidores de la Justicia, después de besarle las manos casi HIRTAS,(no hay EN EL DICCIONARIO) iniciaron la catalogación de los culpables para llamarlos a esclarecimiento y reajuste en el tiempo debido.

Los Donadores de Cariño, en asamblea encantadora, se apostaron frente a Él, y le acariciaban los cabellos empastados de sangre.

Los Enviados de la Luz encendieron focos brillantes en las llagas adoloridas, haciéndole olvidar el sufrimiento.

Trabajaban los mensajeros del Cielo, en torno del Sublime Conductor de los Hombres, aliviándolo y exaltándolo como preparándole el banquete de la resurrección, cuando un ángel aureolado de indescriptible esplendor, apareció, solitario, descendiendo del imperio magnífico de la Altura.

No traía seguidores y, acercándose al Señor, le besó los pies, entre respetuoso y enternecido. No se detuvo en la ociosa contemplación de la tarea que, naturalmente, cabía a los compañeros, pero buscó los ojos de Jesús, dentro de una ansiedad que no se observara en ninguno de los otros.

Se diría que el nuevo representante del padre Compasivo deseaba conocer la voluntad del Maestro. Antes de todo. Y, en éxtasis, se elevó del suelo en que se posara, a los brazos del madero afrentoso. Enlazó el busto del Inolvidable Supliciado, con insuperable cariño, y acercó, por un instante, el oído atento en sus labios que balbuceaban levemente.

Jesús pronunció algo, que los demás no escucharon claramente.

El mensajero solitario se desprendió, entonces, del leño duro, revelando ojos serenos y húmedos y, de inmediato, descendió del monte soleado hacia las sombras que empezaban a invadir Jerusalén, buscando a Judas, a fin de socorrerlo y ampararlo.

Si los hombres no le notaron la expresión de grandeza y misericordia, los querubines en servicio tampoco le notaron la ausencia. Mas, suspendido en el martirio, Jesús lo contemplaba, confiado, acompañando su excelsa misión, en silencio.

Ese, era el ángel divino de la Caridad.

SUBLIME RENOVACIÓN

Se cuenta que Santiago, Hijo de Alfeo, el discípulo de Jesús extremadamente ligado a la Ley Antigua, algunos meses después de la crucifixión se tomó de profunda nostalgia del redentor y, suspirando por recibir la visita divina, se apartó de los compañeros de apostolado, solicitando delicioso retiro, en las adyacencias de Nazaret.

Él, que pretendía conciliar los principios de Cristo con las enseñanzas de Moisés, no toleraba los disturbios de la multitud.

¿No sería más justo – pensaba – aguardar al Señor en la quietud del campo y en la bendición de la oración?

¿Por qué mezclarse con los gentíos irreverentes?

Simón y los demás cooperadores habían permanecido en Jerusalén, confundiéndose con meretrices y malhechores.

Viéales el sacrificio a favor de los leprosos y de los locos, de las madres desdichadas y de los niños abandonados, pero no desconocía que, entre los sufrientes que los rodeaban, surgían oportunistas y ladrones.

Conocía, de cerca, a los que iban a orar en nombre de la Buena Nueva, con el intento de robar y matar. Acompañó el martirio de muchas jóvenes de la familia apostólica miserablemente traicionadas por hombres de mala fe que les sofocaban los sueños, copiando textos del Evangelio renovador. Observara numerosas bocas glorificando el Santo Nombre para, en seguida, extorsionar dinero a los necesitados, sin que nadie les castigase la desfachatez.

En la gran casa en la que se proponía continuar la obra de Cristo, entraban alimentos condenados y pipas de vino con que se intoxicaban enfermos, tanto como bebedores y vagabundos que fomentaban la confusión y la perturbación.

Disgustado, se quejó a Pedro, pero el robusto pescador que luchaba en la jefatura del santuario naciente le rogaba serenidad y abnegación.

¿Podría, con todo, sostener excesos de tolerancia, cuando el Señor les recomendara pureza? En razón de eso, creyendo guardarse exento de corrupción, abandonó la gran ciudad y se confinó en un nido agreste en la deliciosa planicie que se elevaba encima de la ciudad alegre en que Jesús pasó la infancia.

Ahí, contemplando el paisaje que se extiende en sorprendente perspectiva, se consolaba con la visión de los lugares santos que le recordaban las tradiciones patriarcales. Delante de él se destacaban las líneas notables del Carmelo, las montañas del país de Siquém, el monte Gelboé y la figura dominante del Tabor...

Santiago, habituado al ayuno, se complacía en oración constante.

Vistiendo ropa limpia, se erguía del lecho rústico, cada día, para meditar las revelaciones divinas y alabar al Celeste Orientador, aguardando Su venida.

Se extasiaba, oyendo las aves canoras que le secundaban las oraciones, y acariciaba, contento, las flores silvestres que le balsamizaban el tranquilo refugio.

Por más de doscientos días se demoraba en semejante adoración, ansiando oír al Salvador, cuando, en cierto crepúsculo dulce y largo, reparó que un punto minúsculo crecía, en pleno cielo.

De rodillas, interrumpió la oración y acompañó la pequeña esfera luminosa, hasta que la vio transformada en la figura de un hombre, que avanzaba en su dirección...

A pocos minutos, mal conteniendo la emotividad, se encontró frente al Maestro.

¡Oh! ¡Era Él! La misma túnica simple, los mismos cabellos abundantes derramándose por los hombros, el mismo semblante marcado de amor y melancolía...

Santiago esperó, pero Jesús, como si no señalara su presencia, caminó adelante, dejándolo a la retaguardia...

El discípulo solitario no soportó semejante silencio y, levantándose, presto, corrió hacia el Divino Amigo y lo interpeló:

- Señor, Señor! ¿a dónde vais?

El Mesías se volvió y respondió, generoso:

- Debo estar aún hoy en Jerusalén, donde nuestros compañeros necesitan de mi concurso para el trabajo...

- Y yo, Maestro? – preguntó el apóstol, afligido - ¿acaso no necesitaré de Ti en el cariño que consagro a Tu memoria?

- Santiago – dijo Jesús, bendiciéndolo con la mirada -, el soldado que se retira voluntariamente del combate no necesita de la ayuda indispensable para la extensión de la lucha...Dejé a mis discípulos los infortunados de la Tierra como herencia. El Evangelio es la construcción sublime de la alegría y del amor... Y mientras hubiere en el mundo un solo corazón desfalleciente, el descanso me será del todo impracticable...

- Pero, Señor, dijiste que debíamos conservar la elevación y la pureza.

- Sí – retornó el Excelso Amigo -, y no te recrimino por guardarlas. Debo apenas decirte que es fácil ser santo, a distancia de los pecadores.

-¿No nos clasificaste también como siendo la luz del mundo?

El Visitante Divino sonrió triste y habló:

- Entre tanto, ¿dónde estará el mérito de la luz que huye de la sombra? En las tinieblas de la crueldad y de la calumnia, del engaño y de la ignorancia, del sacrificio y del crimen, sustentaremos la Gloria de Dios, en la exaltación del Bien Eterno.

Santiago hubiese deseado la sublime conversación, pero la voz se le extinguió en la garganta, asfixiada de lágrimas; y como quien tenía prisa de llegar a su destino, Jesús se apartó, después de acariciarle el rostro en llanto.

En la misma noche, sin embargo, el apóstol renovado descendió a Nazaret y, durante largas horas, avanzó lentamente hacia Jerusalén, parando aquí y allá para esa o aquella misión de caridad y de consuelo. Y en la soleada mañana del séptimo día de la jornada de vuelta, cuando Simón Pedro vino a la sala modesta de socorro a los enfermos, encontró a Santiago, hijo de Alfeo, inclinado sobre una vieja vasija de barro, lavando a un herido y conversando, bondadoso, al pie de los infelices.

PARÁBOLA DEL SIERVO

En la línea divisoria en que se encuentran las regiones de la Tierra y del Cielo, noble Espíritu, exhibiendo blanca túnica, solicitaba permiso, solicitando por la Divina Ascensión.

Guardaba la pureza exterior de un lirio sublime, hablaba dulcemente como si un arpa melodiosa le habitase las entrañas y mostraba en los ojos la ansiedad y la timidez del pajarillo sediento de primavera.

El Ángel del Pórtico oyó su requerimiento con atención y, admirándole la blancura del vestido, lo condujo a la balanza de precisión para observarle el peso vibratorio.

Con todo, el valioso instrumento fue contra él. El clima interno del candidato no correspondía a la brillante indumentaria.

Frente a las lágrimas tristes que le vertían de los ojos, el funcionario divino lo exhortó, optimista:

- Desciende a la Tierra y planta el amor cada día. La cosecha de la caridad te dará íntima luz, asegurándote la elevación.

El Espíritu hambriento de gloria celestial renació entre los hombres y, siempre cauteloso en la propia presentación, se premunió de una enorme casa, adquirida al precio de inteligencia y trabajo, y comenzó a hacer el bien por intermedio de las manos que lo servían.

Numerosos criados eran movilizados por él, en la extensión de la bondad, aquí y allá...

Esparcía alimentación y regalo, alivio y remedio, a través de largas zonas del suelo, explotando con felicidad los negocios materiales que le garantizaban preciosa renta.

Después de casi un siglo, retornó a la justiciera aduana.

Traía la ropa más blanca, más linda.

Ansiaba subir a las Esferas Superiores, pero, ajustado a la balanza, con tristeza verificó que el peso no se había alterado.

El Ángel lo abrazó y explicó:

- Por tu loable comportamiento, al lado de las posesiones humanas, conquistaste la posición de Proveedor y, por eso, tu forma es hoy más bella; entre tanto, para que adquieras el clima necesario para la vida en el Cielo, es indispensable que regreses al mundo, plantando en él las bendiciones del amor.

El Espíritu, aunque desencantado, volvió al círculo terrenal. Todavía, preocupado con la opinión de los contemporáneos, se hizo hábil político, extendiendo el bien, por todos los canales y recursos a su alcance.

Movilizó inmensas donaciones construyendo avenidas y escuelas, estimulando artes e industrias, ayudando a millares de personas necesitadas.

Casi un siglo se agotó sobre las nuevas actividades, cuando la muerte lo condujo a la conocida frontera.

Traía él una túnica de belleza admirable, pero, llevado a examen, la misma balanza se le reveló desfavorable.

El fiscal amigo le dirigió una mirada de simpatía y dijo, bondadoso:

-Trajiste ahora el título de Administrador y, en razón de eso, tu frente se aureoló de vigorosa altivez... Para que asciendas, sin embargo, es imprescindible que retournes a la carne para la jornada del amor.

No obstante torturado, el amigo del Cielo reencarnó en el plano físico, y, hondamente interesado en preservarse, reunió millones de monedas para hacer el bien. Extensamente rico de patrimonios transitorios, asalarió a empleados diversos que lo representaban junto a los infelices, distribuyendo a manos llenas socorro y consolación.

Bendecido por muchos, después de casi un siglo de trabajo, volvió a la larga barrera.

El donante saludó su presencia venerable, porque del ropaje augusto surgían nuevos destellos.

A pesar de todo, aún ahí, después de larga interrogación, los resultados le fueron adversos.

No consiguiera las condiciones necesarias para el santo propósito.

Deshecho en lágrimas, oyó al abnegado compañero, que le informó, servicial:

- Adquiriste el galardón de Bienhechor, que te asegura la insignia de los grandes trabajadores de la Tierra, mas, para que te eleves al Cielo, es imperioso que vuelvas al plano carnal y siembres el amor.

Bañado en llanto, el aspirante a la Morada Divina resurgió en el cuerpo denso y, despreocupado de cualquier protección de sí mismo, colocó sus propias manos en el servicio a los semejantes... Capaz de poseer, renunció a las ventajas de la posesión; inducido a guardar consigo las riendas del poder, prefirió la obediencia para ser útil y, aunque muchas veces mimado por la fortuna, de ella se desprendió en beneficio de los otros, sin atarla a las ansias del corazón... Ejemplificó el bien puro, sosegó aflicciones y lavó llagas atroces... Entró en contacto con los seres más infelices de la Tierra... Iluminó caminos oscuros, levantó caídos en las calles, se inclinó sobre el mal, socorriendo a sus víctimas, en nombre de la virtud... paralizó los impulsos del crimen, apagando las discordias y disipando las tinieblas... Pero la calumnia lo cubrió de polvo y ceniza, y la perversidad, embistiendo contra él, le rasgó la carne con el estilete de la ingratitud.

Después de mucho tiempo, helo aquí de regreso al sitio divino.

No pasaba, sin embargo, de miserable mendigo, encharcándose de sangre y lodo, amargura y desilusión.

- Ay de mí! – sollozó junto al vigilante de la Gran Puerta – si otras veces, vistiendo nobles trajes no conseguí una respuesta favorable a mi sueño, ¿qué será de mí ahora, cubierto de barro vil?

El guardia lo abrazó enternecido, y lo condujo al sondeo habitual.

Entre tanto, ¡Oh sorpresa maravillosa!...

La vieja balanza, movilizándolo el fiel con suavidad, le reveló sublime liviandad.

Extático, entre risa y llanto, el recién llegado de la Esfera Humana se sintió tomado en los brazos del Ángel Amigo, que le decía, feliz:

- Bienaventurado seas tú, mi hermano! Conquistaste el título de siervo. Puedes ahora atravesar el límite dirigiéndote a la Vida Superior.

Sucio y tambaleante, el interpelado caminó hacia el frente, pero, alcanzando el preciso lugar en que comenzaba la claridad celeste, desapareció el fango que lo recubría, desagradable, y cayeron de su epidermis llagada las pústulas dolorosas... Como por encanto, surgió vestido en una túnica de estrellas y, obedeciendo al llamado íntimo, se elevó a la gloria del firmamento, coronado de luz.

LA LEYENDA DE LA GUERRA

Cuando el primer pastor de almas se elevó de la Tierra, en el carro de la muerte, el Señor lo esperó en el Trono de Justicia y Misericordia, de modo a escucharle el relato alusivo a las ovejas del mundo.

En los cielos, aves felices entonaban cánticos a la paz, mientras serafines tocaban armoniosas cítaras a lo lejos...

Todo era esperanza y júbilo en el paraíso; entre tanto, el pastor, que fuera también en el Planeta Terrestre el primer hombre bueno, traía consigo dolorosa expresión de amargura. Los cabellos blancos le caían en desaliño, sus pies y manos tenían marcas sangrientas y de sus ojos fluían lágrimas abundantes.

El Todo-Poderoso lo recibió, sorprendido.

El anciano se inclino, reverente; saludó respetuoso, y se mantuvo en profundo silencio.

Las interrogaciones paternales, todavía, explotaron afectuosas.

¿Cómo seguía el rebaño de la Tierra? ¿Se observa el reglamento de la naturaleza? ¿Se atendía al camino trazado? ¿Había suficiente respeto en la vida de todos? ¿Bastante comprensión en el servicio individual? Conforme al desarrollo de los negocios terrestres, abriría nuevos horizontes al progreso de los hombres. El deber bien vivido conferiría más extenso derecho a las criaturas.

El viejito, con todo, oía y lloraba.

Inquirido más austeramente, respondió sollozando:

- Ay de mí, Señor! Las ovejas que me confiaste, según me parece, traen corazones de animales crueles. La mayoría tienen gestos de lobos, algunas revelan la dureza del tigre y otras el veneno de víboras ingratas...

Oh!... Oh!...

Gritos de admiración partían de todos lados.

De fisonomía severa, aunque serena, el Señor preguntó:

-¿No tienen las ovejas la dádiva del cuerpo para el sublime aprendizaje en la escuela terrestre?

- Sí – suspiró el anciano -, pero lo desprecian y lo insultan, todos los días, a través del relajamiento y de la viciación.

¿No poseen la casa, el nido dulce que les di?

- Pero hacen del campo doméstico un verdadero reducto de hostilidades del corazón, en el cual se combaten mutuamente, a distancia del entendimiento y del perdón.

- No guardan la bendición del parentesco entre sí?

- Transforman los lazos consanguíneos en telas gruesas de egoísmo, dentro de las cuales se encarcelan.

- ¿Y los hijitos? ¿No conservan las sonrisas de los niños?
- Convierten a las ovejitas en pequeños demonios de vanidad, que perturban todo el rebaño en el curso del tiempo.

- ¿La patria? ¿No les concedí el gran hogar para la expansión colectiva?
Petrifican la idea de patria en absurdo propósito de dominación, esparciendo en su nombre la miseria y la muerte.

- ¿Y el amor? Determiné que el amor les constituyese una sagrada lámpara en el camino de la vida...

- Perfectamente – prosiguió el pastor, desalentado -; entre tanto, el amor representa para ellos una máquina de gozar en la esfera física; cuando son levemente contrariados en sus juegos de ilusión, odian y hieren...

- ¿La verdad? – tornó el Señor, compasivo.

- Solamente creen en ella y la aceptan si sus intereses inmediatos, aún siendo criminosos, no sean perjudicados.

- ¿Y no oyen tus enseñanzas, inspiradas por mi corazón?

El viejito sonrió por primera vez, en medio de la infinita amargura que presentaba en su rostro, y acentuó:

- De ningún modo. Me reciben con mal disimulado sarcasmo. Prefieren aprender en una caída espectacular en el despeñadero, que oír mi voz.

- Pero, ¿no combinan entre sí, en cuanto a los intereses de todos?

- No. Muchas veces se muerden los unos a los otros.

- ¿No establecen acuerdos pacíficos con los vecinos?

- Intensifican las discordias, lanzan piedras al prójimo y el crimen acostumbra ser el juez de sus disputas.

- Todavía – continuó el Misericordioso -, ¿y la naturaleza que los rodea? Por ventura, ¿no le hablan al corazón la claridad del Sol, la bendición del aire, la bondad del agua, la caricia del viento, la cooperación de los animales, la protección de las arboledas, el perfume de las flores, la sabiduría de la semilla y la dádiva de los frutos?!...

- Infelizmente – esclareció el anciano -, vagan como ciegos y sordos, ante el concierto armonioso de vuestras gracias, y oprimen a la Naturaleza simbolizando genios del mal, destructores y despóticos.

-¿Y la muerte? – indagó el Altísimo -¿No temen a la justicia del fin?

- Parecen ignorarla; peregrinan en la Corteza del Planeta como duendes locos, embriagados de ilusión, indiferentes a vuestro amor, endurecidos para con vuestra orientación, despreocupados de vuestra justicia...

En ese momento, el Señor Todopoderoso se mostró igualmente entristecido. Después de meditar algunos minutos, habló al pastor en llanto:

- No llores, ni te desesperes. Vuelve a la Tierra y retoma tu trabajo. Otros compañeros contribuirán en tu ministerio, encaminando, corrigiendo, rehaciendo y amando en mi nombre... Alguien, con todo, estará presente en el mundo, colaborando contigo y con los demás para que mis ovejas infelices comprendan la calle del redil por el dolor.

En seguida, cumpliendo órdenes divinas, algunos ángeles descendieron al infierno y libertaron a un peligroso monstruo sin ojos y sin oídos, pero con millones de garras y bocas.

Fue entonces que, desde ese día, el monstruo sordo y ciego de la guerra acompaña a los pastores del bien, a fin de exterminar, en tormentas de sudor y lágrimas, todo lo que, en la Tierra, constituya obra de vanidad y orgullo, egoísmo y tiranía de los hombres, contrarios a los sublimes designios de Dios.

EL ARTE DE ELEVARSE

Delfín Mendes era un estudiante aplicado, en la escuela del Espiritismo cristiano, siempre atento en las discusiones filosóficas, a cuyo brillo prestaba diligente cooperación; entre tanto, huyendo a los testimonios personales en el trabajo renovador, vivía en régimen de permanentes reclamaciones. Interpretaba a los ricos como genios malditos de los desarreglos y a los pobres como fantasmas de la desesperación.

A cada paso, aseveraba bajo escondida rebeldía:

- La Tierra es un despeñadero de sombras sin fin... ¿Cómo nos libraremos de este horrible remolino?

Tanto se habituó a las quejas interminables que, cierta noche, cuando Fabiano, el Espíritu-director de la reunión que frecuentaba, exponía conclusiones evangélicas de alto sentido, le descargó una vasta dosis de extemporáneas indagaciones:

- Benefactor amado, ¿cómo conquistar el desligamiento del purgatorio del mundo? Por todos los lugares de la Tierra, veo la maldad dominante. En las personas inteligentes, identifico la crueldad deliberada; en las personas incultas, reparo la ociosidad sistemática. De todos los ángulos de la existencia, en el plano salvaje en el que nos encarnamos, surgen aguijones.

Y, casi lagrimeando, remataba:

- ¿Qué hacer para huir de esta morada tenebrosa de la expiación?

El Espíritu amigo escuchó, benevolente, y cuando el silencio volvió a pesar en la asamblea, comentó, bondadoso:

- Un hombre trabajador, después de la muerte, en razón de cierto relajamiento espiritual, fue cogido por las redes de Satanás y descendió a los infiernos, afligido de espanto y dolor. Allá adentro, pasó a ver las figuras monstruosas que poblaban el abismo y, por muchos días consecutivos, gimió en los tanques móviles de lava en combustión. Acostumbrado, sin embargo, al esfuerzo activo, poco a poco se olvidó de los pozos volcánicos que lo rodeaban y sintió hambre de trabajo benéfico. Se arrastró, difícilmente hacia fuera de la fosa en que yacía atascado hasta la cintura y, después de deambular por las orillas, a manera de un reptil, encontró a un diablo menor, con el brazo descoyuntado, y se dio prisa en socorrerlo. Se esforzó, ganó posición sobre un trípode que se destinaba a guardar viejos tridentes quemados, y actuó, técnicamente, restituyéndole el equilibrio. El perseguidor, algo conmovido, se incumbió de mejorarle el registro. De ahí a pocos momentos, una salamandra perversa pasó, exhibiendo defectuosa túnica, como quien se dirigía a zonas festivas. El servicial internado pidió permiso para ayudarla, afirmando haber

trabajado en un instituto de belleza terrestre, y tantos lazos le aplicó a la vestimenta que la criatura diabólica se apartó, reconocida. Continuando arrastrándose, encontró un grupo de condenados a cavar profunda cisterna, y, conoedor que era del problema, les ofreció valiosas instrucciones. Animado por los elogios de todos, siguió camino para adelante, en el pavoroso dominio de que era prisionero, encontrando un gigante del mal, caído en tierra, vomitando lodo y sangre, después de conflicto feroz con un poderoso enemigo, más vigoroso en brutalidad. El dedicado colaborador del bien se apiadó de él y le guardó la horrenda cabeza entre las manos. Como no poseía adecuado material de socorro, le sopló al corazón, con el deseo ardiente de infundirle nuevo ánimo y, en efecto, el genio maléfico despertó, sensibilizado, y lo contempló con el enternecimiento que le era posible. La fama del piadoso sentenciado se esparció y uno de los grandes representantes de Satanás llegó a solicitarle los servicios en un caso melindroso, en que se hacía imperiosa la colaboración de una persona competente, humilde y discreta. Con tanto acierto actuó el encarcelado que la dirección del abismo le confirió el derecho de la palabra. Y el trabajador, recordando la enseñanza del Maestro que determina que se dé al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, no se aseguró, DE PUBLICO, que los demonios debían ser multiplicados, pero comenzó a decir que los genios de las sombras eran grandes señores, naturalmente por Voluntad del Eterno, y que debían ser respetados en sus tronos de brasas luminosas, añadiendo más, que tanto como el buril que perfecciona la piedra es honrado por la ingrata labor que desempeña, así también los diablos debían ser reverenciados como benefactores del alma, esculpiéndolas para la espiritualidad superior. Multiplicando invocaciones de amor, obediencia y esperanza, se hizo querido de todo el pueblo de las tinieblas, imperando en las almas de las víctimas y de los verdugos. Desde entonces, con asombro común, el patrón de sufrimiento en el infierno comenzó a bajar. Las almas atormentadas adquirían vasta paciencia, las imprecaciones y blasfemias fueron atenuadas, los gemidos casi desaparecieron y los propios verdugos multiseculares se conmovían, inesperadamente, a los primeros gemidos de la piedad que les nacía en el pecho. Se alteró la situación de tal manera que Satanás, en persona, vino a observar el cambio y, después de informado en cuanto a los extraños acontecimientos, ordenó que el trabajador fuese expulsado. Naturalmente aquel hombre estaría en el infierno, en razón de algún equívoco, y la presencia de él en el sombrío país del que era soberano, le perturbaba los proyectos. De ese momento en adelante, el servidor del trabajo digno se hizo libre, colocándose en la dirección del Reino de la Paz...

En ese punto, el guía espiritual interrumpió la narración y, tal vez porque Delfín Mendes lo contemplase, expectante, se rió, bondadoso y concluyó:

- Usted, Delfín, se siente en la Tierra como si estuviera en el infierno. Piense, hable y procure actuar como si estuviese en el Cielo, y el propio mundo lo restituirá a usted al paraíso, ¿comprende?

El inquieto compañero enterró la cabeza en las manos alargadas, pero no respondió.

EL CONQUISTADOR INVENCIBLE

Sin referirnos a los guerreros y tiranos del Nilo y del Éufrates, otros grandes conquistadores habían pasado, antes de Él...

Cambises, rey de los persas, a manera de loco, después de asesinar al hermano y a la esposa, dominó Egipto, incendiando hogares, destruyendo santuarios, matando mujeres y niños, acabando su existencia victimado por la propia agresividad.

Alejandro Magno, rey de Macedonia, elevado a la historia como valeroso comandante de la civilización, se impuso a los tracios, a los griegos, a los ilirios, a los sirios, a los judíos, a los egipcios, a los persas, marcando su paso con los signos de la humillación y de la muerte, y, aún joven, vino a perecer, melancólicamente, de fiebre, en Babilonia.

Aníbal, el jefe cartaginés, en su odio a Roma, conquistó tierras y poblaciones de España y de Italia, esparciendo maldición y miseria, aflicciones y ruinas, envenenándose, más tarde, en Bitinia, para no entregar a los enemigos su propia cabeza.

Escipión, el famoso general romano, sometió a África, modelando su carrera con el pavor y la sangre de los vencidos, sucumbiendo, después, en el exilio de Campania, entre desesperación y amarguras.

Todos pasaron, orgullosos en sus carros triunfales, con lúcidas armaduras y gritos salvajes de dominación, temidos y odiados, para descender de los pináculos de triunfo a los valores oscuros de ceniza y olvido.

Él, sin embargo, llega y queda.

Su cuna es el heno sencillo que una estrella señala.

No trae carruajes de oro, ni se sirve con vajillas de plata.

No tiene ejércitos, ni palacios.

No posee legionarios, ni esclavos.

No dispone de alianzas con los poderosos de la Tierra, ni cuenta con el apoyo de jueces del mundo.

Levanta, sin embargo, delante de todos, el corazón inflamado de amor y llama hacia él a los débiles y a los tristes, los pobres y desamparados, los vencidos y los enfermos, los viejos y los niños...

Descubre a la inteligencia del pueblo la visión del Reino de la Luz, cuyas puertas deben ser abiertas con las llaves de la bondad y del trabajo, del entendimiento y del perdón...

Camina hacia delante, ayudando y sirviendo, y para que el odio y la crueldad, la ignorancia y la violencia no se entronicen en las almas, se somete,

Él mismo, al sacrificio de la cruz, legando a la Humanidad la revelación de la vida eterna sobre el túmulo vacío.

Se reaviva la fe, se amplía la esperanza y la caridad brilla, inmortal...

Desde entonces, el poder del Invencible Conquistador crece con los días...

Y siempre que el mundo recuerda al Rey Divino, descendido del trono celestial a la paja de un establo, el pensamiento humano, por sus fuerzas más representativas, se asocia a los cánticos de las milicias celestiales y añade, deslumbrado:

- ¡Gloria a ti, oh Cristo! La esperanza de la Tierra te saluda y glorifica para siempre!...

¿POR QUÉ , SEÑOR?

...Y Nicodemo, el gran Nicodemo de los primeros días del Evangelio, pasó a contarnos:

- Después de la aparición del Señor a los quinientos de Galilea, cierto día, al atardecer, me detuve a la orilla del lago de sus predicaciones, rogando a Él me disipase las dudas. Ante las enseñanzas divinas, yo experimentaba el choque en torno de las ideas de justicia y misericordia, responsabilidad y perdón... ¿De qué manera conciliar el bien y el mal? ¿Cómo establecer la diferencia entre el premio y el castigo? Atormentado, delante de las exigencias de la Ley de la que yo era intérprete, le supliqué la palabra y he aquí que, de súbito, el Excelso Bienhechor apareció junto a mí... Me postré en la arena y Jesús, aproximándose, me tocó, levemente, la cabeza fatigada, e inquirió:

- Nicodemo, ¿qué pretendes de mí?.

- Señor – expliqué -, tengo el pensamiento en fuego, intentando discernir sobre rectitud y delincuencia, bondad y corrección... ¿por que comiste con pecadores y tantas veces te referiste, casi rudamente, a los fariseos, leales seguidores de Moisés? Acaso, ¿están en la verdad las personas de vida impura, y erradas aquellas otras que se muestran fieles a la ley?

Jesús respondió con inflexión de blandura insuperable:

- Nunca dije que los pecadores están en el camino justo, sino afirmé que no vine al mundo a socorrer a los sanos, y sí a los enfermos. En cuanto a los principios de santidad, ¿qué decir de los buenos que detestan a los malos, de los felices que desprecian a los infelices, si todos somos hijos de Dios? ¿De qué sirve el tesoro enterrado o el libro escondido en el desierto?

- Mesías – prosiguió -, ¿por qué dispensaste tanta atención a Zaqueo, el rico, al punto de compartir su mesa, sin visitar los hogares pobres que le rodean la morada?

- Estuve con las multitudes, desde las noticias iniciales del nuevo Reino!... Con relación a Zaqueo, él es un rico que deseaba instruirse, y negar la lección, a aquellos amigos a quien el mundo apellida de avaros, es lo mismo que negar remedio al enfermo...

¿Y las meretrices, Señor? ¿Por qué las defendiste?

- Nicodemo, en la hora del Juicio Divino, muchas de esas mismas desventuradas mujeres, que censuras, resurgirán del lodo de la angustia, limpias y brillantes, lavadas por el llanto y el sudor que derramaron, mientras que aparecerán cargados de sombra y lodo aquellos que les prostituyeron la existencia, después de abusar de su confianza, lanzándolas a la condenación y a la enfermedad.

- Señor, oí decir que diste a Pedro el papel de conductor de tus discípulos... ¿Por qué? ¿No es él el colaborador que te negó tres veces?!...

- Exactamente por eso... En el dolor del remordimiento por las propias flaquezas, Simón ganó más fuerza para ser fiel... Más que los otros compañeros, él sabe ahora cuánto cuesta el sufrimiento de la deserción...

- Maestro, ¿y los ladrones del último día? ¿Por qué te dejaste inmolar entre dos malhechores? Y ¿por qué aseguraste a uno de ellos el ingreso en el paraíso, junto a ti?

- ¿Cómo puedes juzgar apresuradamente la tragedia de las criaturas cuya historia no conoces desde el principio? No encubro a los que practican el mal; mientras tanto, es preciso saber hasta qué punto habrá alguien resistido a la tentación y al infortunio para que se le mida el tamaño de la falta... Hay hambrientos que se transforman en víctimas del propio desequilibrio y hay empresarios del hambre que responderán por la crueldad con que niegan el pan... Con referencia al amigo a quien prometí la entrada inmediata en la Vida Superior, es verdad que así lo hice, mas no dije para qué. .. Él realmente fue conducido al Mundo Mayor para ser reeducado y atendido en sus necesidades de elevación y transformación!...

- Señor – insistí -, ¿y la responsabilidad con que nos cabe tratar de la justicia? ¿Por qué pediste perdón al Todopoderoso para los propios verdugos, cuando estabas suspendido en la cruz del martirio, exculpando a los que te aagrdían?

- No anulé la responsabilidad en ningún tiempo... Rogué, maniatado a la cruz: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen...” Con eso no aseveré que nuestros adversarios gratuitos estuviesen haciendo lo que debían hacer... Esclarecí, tan sólo, que ellos no sabían lo que estaban haciendo y, por eso mismo, se mostraban dignos de la mayor compasión!...

Ante las palabras del Señor – concluyó el antiguo maestro de Israel -, las lágrimas me subieron de las entrañas del alma a los ojos... Nada más vi que no fuese el velo diáfano del llanto, reflejando las sombras que anunciaban la noche... Aún así, oí, como si el Señor me hablase lejos, muy de lejos:

- Misericordia quiero, no sacrificio...

En ese punto de la narrativa, Nicodemo se calló. La emoción sofocaba la voz del gran instructor, cuya presencia nos honraba la mansión espiritual. Y, en cuanto a nosotros, viejos juzgadores del mundo, que lo oyéramos atentos, entramos todos en meditación y silencio, ya que ninguno apareció en nuestra tertulia íntima con bastante disposición para añadir palabra.